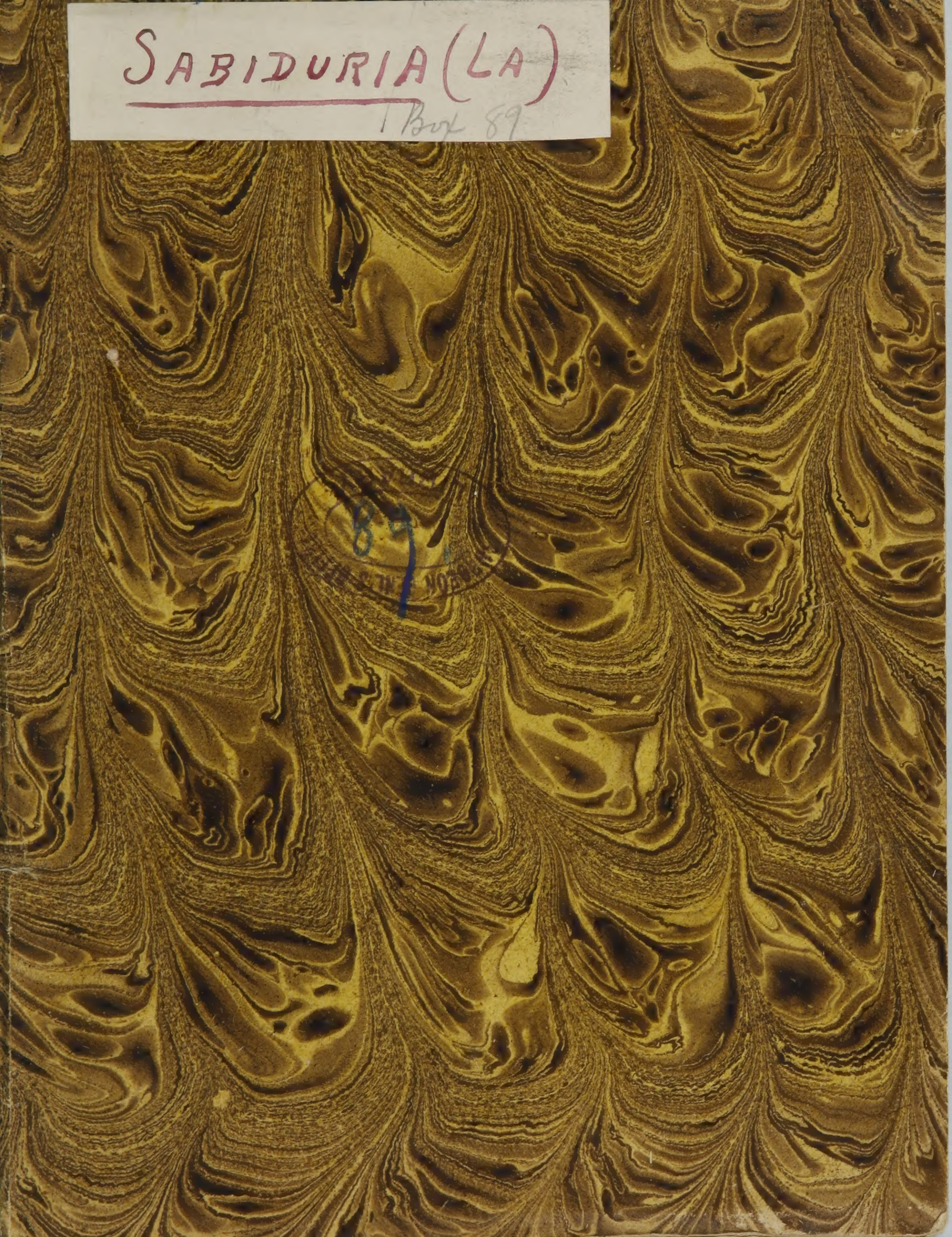
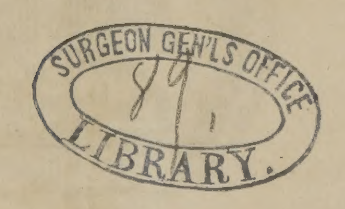

SABIDURIA (LA)
Box 89
89

LA SABIDURIA

O RELACIONES DEL HOMBRE

en su animalidad, en su razon

y en su política.



LA SABIDURIA

O

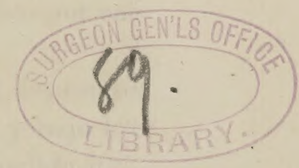
RELACIONES DEL HOMBRE

EN SU ANIMALIDAD, EN SU RAZON Y EN SU POLÍTICA.

Por un Americano.

Primera Parte.





EDICION PRIMERA.

HEROICA VERACRUZ.

IMPRENTA A CARGO DE VICENTE TORRAS.

1827.

CONCIUDADANOS.

Siempre ha estado inquieto mi espíritu por manifestar de una manera pública los efluvios de mi corazon y los juicios de mi entendimiento. Si en mi tierna juventud no pude espresarme por mi insuficiencia para la coordinacion de las ideas, me lo impidió en la edad viril una sucesion de vicisitudes, emanadas de la doble tiranía de un gobierno monárquico por ser vasallo y americano.

Hallándome ahora con mayor estudio y esperiencia, viviendo ya libre del yugo español, y bajo los auspicios de una República; estoy persuadido íntimamente que me haria responsable á la Naturaleza y á mis iguales, si no tratara de escribir mis producciones y darles la luz pública por medios imborrables.

Aunque no sea nueva ni sublime mi doctrina, dejando su mérito al juicio de los lectores; sí puedo decir que es clara y franca sin velo alguno, y que por consiguiente será la mas generalmente conocida y adoptada por todos los pueblos de la tierra, lisonjeándome que los hombres benéficos procurarán de vertirla en todos los idiomas, y que los sabios la enriquecerán de mejores luces.

La obra, aunque no lo merezca, será decorada con el título de *la Sabiduria*, y la dividiré en dos partes.

La primera será el hombre físico, y la segunda el hombre moral. Su dedicatoria está implícitamente dirigida al género humano.

Como en algunos impresos he querido esparcir anticipadamente algunos principios de la obra, y en ellos se comprenden la nota á los editores, un aviso mio y la dedicatoria, me ha parecido útil insertar á continuacion estos documentos por lo que pueda interesar al discernimiento.

NOTA A LOS EDITORES.

Deseoso de que mis paisanos en la actual crísis de la independencia de la América se instruyesen de ciertas reglas que les sirvieran de guia segura para su dicha, hube de meditar una pequeña obra que las contuviese con la mayor claridad y método, para que cada gefe de familia pudiese leerla con frecuencia como su principal cartilla; bien convencido de que todo ser humano debe conocer las relaciones de su natural constitucion, y las de su sociedad civil; siendo ya una mácsima de que su moral debe estar fundada en bases físicas, para que pueda ser dichoso en su vida y en su muerte.

En efecto, mi corazon convino desde luego en el proyecto que me inspiró el espíritu; pero me detuve en la empresa hasta que llegara el tiempo de un gobierno liberal, cuya cercanía presentí por el progreso de las luces que observaba de todas partes, para poderme espresar con franqueza sin que los vanos prestigios sofocasen la esencial elevacion de mis pensamientos.

Bajo estos principios tan sagrados empecé los ensayos de mi obra, pero apenas he llegado al octavo capítulo cuando la suspendí por incidencias fatales. Ahora en mejor suerte, me resuelvo continuarla para su conclusion.

Sin embargo como rara vez pueden preveerse algunas vicisitudes que interrumpen la egecucion de los mejores designios, por la vigilancia de los tiranos y egoistas en destruirlos, me ha parecido conveniente publicar lo que tengo escrito, para que se aproveche su lectura, siempre que Vdes. como redactores de .... juzguen importante imprimirlo en sus diarios.

AVISO DEL AUTOR.

No es esta la primera obra que sale á luz con el título de la Sabiduría. Charron lo dió á la suya; y un célebre Frances lo cohonestó con el de *Filosofía de la Naturaleza.* Verdaderamente

será el título mas justo, si con él conviene la obra. De otro modo será el mas despreciable entre los lectores ilustrados.

La sabiduría en mi concepto, es una facultad ó potencia que produce todos los conocimientos relativos al hombre en su temperamento, en su razon y en su armonía con el género humano. Ella es una palabra de sentido tan rigoroso, que no admite ningun adjetivo; pues por su misma esencia no puede contener falsas ideas ó principios.

Siendo el hombre el único objeto de la Sabiduría, no puede ser feliz sin el conocimiento y observancia de todas las verdades y reglas que ella inspira y prescribe. ¿Pero quien será ó habrá sido el hombre que haya egercitado esa sublime potencia? ¿y cuando habrá ecsistido una obra que abrace y esplique todos sus elementos y productos?

Parece á la verdad imposible, que uno conozca el orígen y efectos de su propia organizacion, y que á la vez sea un ecsacto inteligente de su moral, y un profundo político para sus relaciones de humanidad, de cuyas tres fuentes derivan todos los conocimientos de la sabiduría.

Nunca ha sido un sabio, aun el profesor mas eminente de algunas facultades; porque ni ellas por sí solas constituyen la sabiduría, ni sus principios y doctrinas han estado al abrigo de los errores, engaños ó preocupaciones. Ella no encierra mácsimas oscuras, como las ciencias físicas ó metafísicas que envuelven incertidumbres y falacias, habiéndose descubierto la verdad con el tiempo, la esperiencia y la invencion. De suerte que en todo género de conocimientos se ha demostrado, que lo que se ha tenido por justo y verdadero millares de siglos, ha llegado á ser esencialmente falso, absurdo y bárbaro.

Bajo estos conceptos he deliberado en solo bien de mis iguales, formar una obra concisa, que contenga la ilustracion de todo lo concerniente á esa triple relacion del hombre, animalidad, razon y política.

Si este trabajo parece no tener egemplo por su método y por su designio, puede tambien juzgarse que es el producto de un genio circunspecto y el mas amante de la humanidad. No por eso pretendo que se me tenga por sabio; y persuádase todo el mundo que estoy muy distante de tener la arrogancia de considerarme con tan sublime facultad.

DEDICATORIA

AL GÉNERO HUMANO.

Todos los hombres tienen un derecho imprescriptible de participar de los productos de la Sabiduría. No debe haber en esta comunicacion privilegio esclusivo, cualquiera que sea su orígen, pais y sistema de gobierno. Porque todo lo que conduce á la feliz ecsistencia del hombre, evitando el dolor y la miseria, es una enseñanza que solo impía y cruelmente puede prohibirse. La pura moral derivada de la naturaleza, y fundada en la propia constitucion ó carácter humano, es la que precisamente forma las dulces conecsiones de la vida, siendo una tiranía impedir el conocimiento de las reglas infalibles para una conciencia sin mancha.

Las gerarquías de toda clase que son necesarias en fuerza de la natural constitucion de los estados, no deben servir de contraste á la dicha individual. La legislacion apoyada en estos principios, dejará entónces de ser incompatible con el gran objeto de un buen gobierno, como lo ha sido en algunos sistemas liberales por la ignorancia de las verdaderas ideas, ó por su inesacta combinacion. Bajo estos conceptos ¿ á quien mejor que al Género humano debo dedicar esta obra que el corazon me ha inspirado? Ella le es consagrada por su propia naturaleza, y debe apreciarla como la ofrenda del mas síncero amor de uno de sus individuos.

LA SABIDURÍA.

PARTE PRIMERA.

Del hombre físico.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del Hombre.

El entendimiento no puede concebir la formacion del hombre para demostrarla con evidencia, ni el tiempo que ha corrido desde su creacion, ni el motivo de sus diversas clases y colores. Los filósofos que han intentado penetrar esta materia, no han discurrido sino sutilezas, inverosimilitudes ó absurdidades, que han servido mas bien de perjuicio que de provecho.

Así es que solo debe interesar al hombre el conocimiento de lo que le sea útil realmente, como es el de sus relaciones de animalidad, de su razon y de la política: pues en estas tres fuentes de la sabiduría es en lo que consiste su verdadera felicidad.

Me parece que en las relaciones de pura ani-

malidad debe comprenderse todo lo que contribuye á conservar su energía orgánica ó á restablecerla; porque así estará siempre sano, y prolongará su ecsistencia hasta su natural disolucion, prescripta por la Providencia. Esto podrá llamarse amor de sí, sabiduría peculiar ó primer carácter del hombre.

En las relaciones de razon se comprende todo lo que importa á la dulzura de la vida en sociedad, porque así gozará de paz, será socorrido en sus necesidades, el gobierno será justo, y refrenadas las perversas inclinaciones. Esto podrá decirse amor social, sabiduría civil ó segundo carácter del hombre.

Por último, en las relaciones de política se comprende todo lo que corresponde á los vínculos que deben unir al género humano en sus diversas divisiones de paises y gobiernos, porque así se comunicarán todos sus individuos recíprocamente, disfrutarán de sus respectivas producciones en todo género, y podrá evitarse la guerra, que solo es el símbolo de los deseos criminales. Este será el amor humano, la sabiduría de la naturaleza ó el tercer carácter del hombre.

¡Oh divinos sistemas de República! Solo con ella puede ir subiendo el hombre las escalas de su dicha hasta el punto que parece decretado en la presiencia del Ser supremo: siendo ya una demostracion que despotismo y sabiduría son cosas incompatibles: y que ignorancia y desgracia son idénticas.

Con estos principios desenvolveré todo el carácter del hombre del modo mas verosímil, ó mas análogo á la esperiencia y á una razon ilustrada.

Se ha dicho que él es un misto de materia y de espíritu. Esta idea corre desde muchos miles de años, distinguiendo el cuerpo del alma, con el objeto de establecer el dogma consolador de la inmortalidad. ¿Pero puede acaso ser incompatible con este dogma, que el hombre sea organizado de una materia vivificante, como todas las demas criaturas? seria por eso negar la sublimidad de la materia, que organiza al hombre en la escala animal? seria tampoco negar la inmortalidad del espíritu de esa materia, como producto de la esencia de la naturaleza?

Ello es que el hombre crece, vegeta y ecsiste por la adicion continua de materiales, cuya sustancia aumenta sin duda sus facultades espírituales y modifica sus deseos, sus pasiones y sus afectos.

Siendo su alma susceptible de placer y pena, él es activo para precaver su miseria, y para lograr los objetos lisonjeros de su gusto.

Su moral consiste en no cometer daño á sus iguales, ni á ninguna otra criatura sin necesidad.

Pasemos á otro elemento del hombre. Su fuerza se apoya en la reunion social, porque estando solo, es un ser débil y sin defensa; no pudiendo afianzar sus derechos ni remediar sus ma-

les. Por eso Dios le imprimió el amor de sus iguales, impeliéndole por motivos poderosos á entrar en un estado de sociedad. Por eso fermenta en él cierto principio de promover y observar aquellas mácsimas y reglas, que le aseguran sus derechos y conservan la paz y buen órden.

El hombre tambien es religioso por su propia naturaleza. Cuando él contempla los objetos sublimes, maravillosos y magníficos que le rodean ó están á su alcance, queda convencido desde luego que hay un Ser supremo que lo produjo á la vida, y que gobierna el firmamento. Persuadido despues de su propia debilidad y males á que está sujeto por su ignorancia y por sus violaciones á la ley moral, y que no puede hallar otro consuelo que en la bondad de la omnipotencia, se prosterna é implora su misericordia y su favor para calmar sus remordimientos.

Lo espuesto es cuanto puede decirse del carácter del hombre; y de todo se deduce que él es un ser material, espiritual, razonable y religioso.

CAPÍTULO II.

Del local de su morada constante.

Lo primero que debe procurar el hombre para su morada constante es la localidad en que reine una admósfera pura; debiendo ser de la conside-

racion del gobierno este principal objeto para el establecimiento de las poblaciones.

La admósfera no es otra cosa, sino la cantidad de aire mas prócsimo á la tierra, donde se unen ó mezclan todas las partículas que se evaporan de ella, y el clima es la diversa cantidad de la tierra respecto del sol.

Es nociva la admósfera de un lugar, cuando en él ó sus cercanías hay depósitos de inmundicias, ó de aguas cenagosas que se corrompen. Y es absolutamente saludable cuando el local está ventilado de un aire puro.

Nuestro cuerpo siendo poroso está bajo las influencias de la admósfera: así es que se dañan los humores ó fluidos, si aspira infestados hálitos: por el contrario, aquellos conservan y renuevan su bálsamo si pompa un aire limpio. La esperiencia constante lo ha demostrado. Por lo regular son pálidos y enfermizos todos los que moran en parages cenagosos, ó á las orillas de las inmundicias que se estancan. Aun mayor desgracia sucede y ha sucedido en las nuevas poblaciones, y mas por no haberse fabricado con anticipacion los alojamientos necesarios ni proveídolas de buenos alimentos y ropas precisas. ¡Con que tiranía y barbarie se enviaban colonos á perecer á la Guayana, Cayena, Nueva-Orleans y otras muchas fundaciones internas y litorales! Si la sola trasplantacion basta para sufrir y peligrar ¿qué deberá suceder agregándose causas estrañas?

Es tal la influencia que tiene la admósfera so-

bre nuestra salud, que aun en los rompimientos de montes se han notado graves enfermedades en los que han vivido en aquel punto; ya por la putrefaccion, ó por los vapores fuertes que se aspiran.

Lo mismo y aun mayor daño resulta con el olor de las pinturas en personas delicadas y enfermizas, con la fragancia continua de las flores, con el hedor de la cal en fábricas recientes y con la pestilencia de las mofetas.

Esas pestes que de tiempo en tiempo disminuyen las poblaciones, ¿qué otra cosa puede originarlas, sino los malignos vapores que el aire conduce?

Hablemos ahora del clima. Él no es mal sano por su naturaleza. El hombre puede habitar en cualquiera parte del globo sin dolor y con salud, pudiendo solo alterarla un descuidado tránsito, como sucede en toda trasplantacion.

Parece no tener el clima otra influencia, sino en la variedad notable de las producciones en animales y plantas, y tambien respecto á los hombres, en su contestura, talla y fuerzas.

Por consecuencia de estos principios, la primera atencion del hombre para su morada perenne, es la de buscar la localidad mas libre de miasmas; que su casa tenga la aptitud proporcionada para que se ventile, y que no contenga ó encierre olores nocivos.

CAPÍTULO III.

De su nacimiento y de su crianza.

En el parto perecen muchos niños, y rara vez deja de ser por defecto del cirujano ó de la matrona. El solo esfuerzo de la naturaleza evitaria todos estos homicidios. Las chinas y las peruanas jamas habian oido hablar de parteras, y nunca se quejaron de las desgracias de su fecundidad. No niego por eso que en un accidente puede el arte venir al socorro de la naturaleza.

Todo niño debe nacer sano, suponiéndose el buen humor de los padres, y el comporte que tuvieron durante el preñado, porque la naturaleza no hace seres enfermos, siendo solo el lujo y el libertinage los que depravan la máquina.

Apenas el niño nace cuando se le purga, diciéndose que es para librarlo de las flemas retenidas en los intestinos y en el estómago; pero no hay mejor purgante que la primera leche de la madre, cuyo pecho pide el hijo casi á las dos horas de su nacimiento. De este uso natural se evita que la entraña del niño se deprave con medicinas y que la madre sufra inflamaciones en las glándulas del pecho por la retencion de la leche, que por lo regular le origina la muerte despues de sufrir horribles tormentos.

La madre debe criar su hijo: así se cumple con

la naturaleza, y son recíprocos el afecto y respeto; pero en la enfermedad ó debilidad de la madre se usará de criandera, que esté sana por un esacto reconocimiento.

La lactancia debe durar un año por lo ménos, pudiendo desde entónces darle al niño manjares nutritivos y de fácil coccion, sin ser mascados, porque á mas de ser una porquería perjudican á su salud.

Son cosas indispensables el aseo del niño, sueño frecuente y su vestido que no comprima sus delicados nervios: que se le vele para no desgraciarse, y que goze las suaves impresiones del aire y sol para que se desenrolle naturalmente y adquiera energía.

CAPÍTULO IV.

De su alimento.

La materia en el sentido filosófico es la sustancia esterna é impenetrable, capaz de recibir toda suerte de formas. El cuerpo humano siendo compuesto de esa sustancia, es consecuente que todo lo que le vivifique sea análogo á sus propiedades. El jugo de los alimentos en su coccion en el estómago, es destinado á renovar los sucos y reponer las moléculas que se evaporan, y no siendo de la propia calidad, se acortaría la vida ó se trastornarían las facultades intelectuales.

Por estos principios debe consistir nuestro principal conato en el conocimiento de los manjares que deben nutrirnos y sustentarnos; pues cuando no son compatibles con nuestra sustancia originaria, no podemos vivir sanos ni obrar con rectitud.

No conviene al objeto que me he propuesto, ni casi es posible, el clasificar la virtud de los alimentos. Su bondad es regularmente conocida. Son de notoria sanidad algunas raices, granos, legumbres y frutas. Las aves y animales que se nutren con este género de productos, ó con pastos, son provechosos; así como es nociva la carne de los que se sustentan de putrefacciones ó de insectos venenosos, ó son feroces y carnívoros. La del ganado vacuno es la mas análoga á nuestro temperamento, y toda otra usándose diariamente llega á ser fastidiosa, ó propensa á pervertir los humores.

Sobre pescados y anfibios convengo en que hay muchos sanos, comiéndose frescos, y rara vez salados. Lo mismo digo de las bebidas. El agua es la natural, sea corriente ó purificada. De las bebidas artificiales, el buen vino fortifica, y el uso frecuente de los licores daña, segun el temperamento individual.

Los manjares corrompidos son un veneno lento, y á veces causan muerte repentina.

La reunion de diversos alimentos en la oficina digestiva es favorable á la salud y á la fuerza corporal, cuando hay analogía en sus virtudes. Hay

vegetales y carnes que participan de un elemento mas que de otro, y los unos ayudan á la perfecta coccion de los que son difíciles de digerir, y otros los califican.

Todo esceso de lo que requiere el estómago es peligroso, porque puede sofocar los vasos, impidiendo la circulacion y egercicio de los humores, alterándose la salud ó cesando la vida.

Sin embargo, es preciso bastante material para el sustento, pues el jugo que resulta siendo escaso, no nutrirá, ni restablecerá la energía orgánica, debilitada por cualquiera causa.

Es tal la influencia que tiene sobre nuestros fluidos la mala calidad de los alimentos, ó la corrupcion de los buenos, que puedo decir ser una demostracion evidentísima que casi todas las enfermedades y los males mas horribles, como el venéreo, elefancia, fuego de San-Antonio, la fiebre amarilla y otros iguales, traen su principal orígen de esas comidas y perversas bebidas.

Los negros salvages y otras castas que se alimentan de insectos, pescados de ciénegas, de frutas y carnes de mala calidad, ecsalan generalmente un sudor y vapor pestífero, derivados de sus perversos humores, que producen sus comidas: y tal ha sido la observacion de los físicos que purgados y nutridos en las ciudades con manjares sanos, se les ha disminuido la peste, y en su prole casi se ha estinguido sucediendo aun lo mismo á las personas con quienes se mezclan ó porque usan iguales alimentos.

No hay duda: la bondad de estos engendra los buenos humores, y de aquí dependen la salud y el placer en cuyo goze consiste la felicidad humana, guardando la ley moral.

Parece preciso comprender tambien en este capítulo una ligera advertencia sobre el uso de las vasijas en que se cuecen ó preparan los manjares. Bien dolorosa ha sido la esperiencia de las de cobre, cuyo herrumbre ó moho es un veneno demasiado activo, y por eso se prohibieron á menos de estar bien estañadas, con encargo á la policía de reconocerse á menudo y ecsigir las multas señaladas.

Me ha parecido por último de este capítulo añadir el sabio y elocuente discurso de un filósofo, para que sirva de mayor instruccion, aunque contenga no pequeños errores.

APÉNDICE.

No es una hipérbole decir, que de las mil ochocientas enfermedades que afligen la especie humana, segun refiere Boerhaave, hay mil y quinientas que provienen de la naturaleza de los alimentos de que se nutre, ó de la intemperancia.

Entretanto el hombre no tiene mas necesidades naturales que los animales; el principio de su degradacion viene ménos de sus sentidos que de su imaginacion que es la que pervierte su uso. Casi

nunca se muere físicamente de hambre, miéntras que el hombre desgastado haciendo contribuir en su mesa los dos mundos, se espone á morir ántes de tiempo por sus escesos.

Otra teoría tenia Epicuro, á quien toman por maestro hombres mas bien libertinos que voluptuosos. Él ceñia el círculo de sus gozos para disfrutar mucho tiempo; no pensaba en placeres artificiales para disgustarse de los naturales, y no reunia en un instante de su vida diez años de ecsistencia.

Mi modo de ver es muy diferente del de nuestros Apicius, porque quisiera limitar mi subsistencia diaria á una fruta y un vaso de agua: entónces todo lo que restringia á mis necesidades añadiria á mis placeres: hallaria en algunas legumbres y en el ménos precioso de los vinos mas gusto, que el que busca en vano el paladar gastado de los grandes en sus Macedonias y en sus cremas de las Barbadas.

Si algunos pueblos podrian acercarse á este régimen que hace el objeto de los vanos deseos del filósofo, serian los orientales á quienes la ley de Mahoma prescribe los mas rigurosos ayunos. El de Ramadan en particular es una especie de desafío hecho á la naturaleza humana, y los de los musulmanes que los mas gimen bajo los grillos de la supersticion, añaden tambien á ellos los de su abstinencia á los perfumes, á no tragar su saliva con designio premeditado, y por guardar un silencio riguroso para no respirar el aire que po-

dria alimentarles. Es verdad que estos sectarios disminuyen sus necesidades por fanatismo y no por filosofía, pero se pierde el fruto de estas esperiencias para el discípulo de la naturaleza.

Un holandes del penúltimo siglo que se decia el Mesías y que hizo su curso de milagros en las casas pobres, se atrevió á mas todavía, que el mas celoso de los Dérvis: pues pasó cuarenta dias con sus noches sin comer, y fué preciso creer en este prodigio porque Baile que ha sido tan séptico, lo creyó y lo anunció á toda la Europa.

El hecho mas estraordinario de este género es el que se refiere en las transaciones filosóficas. Un hombre vivió diez y ocho años con solo agua. Es probable que su sangre estaria enteramenta fria, y que tal estado de torpeza haria mas lenta en él la circulacion de los fluidos, disminuiria sus secreciones, y le impediria debilitarse transpirando. Un tal individuo pertenece entónces mas bien á la clase de los lirones que á la de los hombres.

Dejemos ahí los prodigios, y establezcamos sobre algunos hechos el régimen que conviene al hombre para impedirle que se degrade. Digan lo que quieran los fondistas, los carniceros y los médicos sobre una moda cruel que protegen porque les hace vivir: la naturaleza desde luego no ha prescrito al hombre degollar á los animales para nutrirse de ellos; y si les hubiese dado esta ley de sangre seria preciso considerarla como el mal principio y que no ha producido los seres sino para burlarse de su ecsistencia.

Los físicos han observado que el uso de la carne hacia mas feroces á los animales: la analogía nos conduce á pensar que los mismos alimentos producen en el hombre la misma ferocidad.

Nuestra sola organizacion depone contra la universal prevencion de los europeos. Si naciésemos carnívoros como los tigres y jaguares, tendríamos sus garras para tomar nuestra presa, y sus dientes para devorarla.

Por último el hombre es bastantemente castigado de su blasfemia contra la naturaleza, por las enfermedades que produce el género de alimentos á que se condena. Está probado que la carne es en general una nutricion muy fuerte para nuestro estómago: los sucos de que ella abunda corroen poco á poco la felpa de esta víscera, minan todos los reservatorios en que se detienen por su acrimonía, y preparan la espesura de los fluidos, la inercia de los órganos y la apoplegía.

El peligro aun es mucho mas grande, cuando se acostumbra á la mezcla de las carnes y á todos los simples para sazonarla. El estómago llega entónces á ser un volcan en que los alimentos fermentan, y tarde ó temprano se hace la esplosion dando la muerte.

Orfeo es uno de los sabios que mas ha merecido del género humano: nacido entre salvages que pasaban su vida en cazar las bestias feroces y en imitarlas, los civilizó dándoles costumbres pacíficas y ordenándoles ser frugívoros sopena de dolor y remordimiento. Platon dijo, que era una

de las primeras leyes del código de Orfeo la abstinencia de la carne de animales.

Pitágoras que habia estudiado en los libros de Orfeo y de la naturaleza, llevó el mismo régimen al oriente, y la larga vida de sus discípulos atesta su escelencia. Es verdad que este legislador hizo mal en prohibir las habas y malvas como protegidas de los dioses, porque las legumbres no son mas sagradas que los árboles; y porque las costumbres pacíficas son un don muy hermoso, para que no se mezclen en él los errores del pueblo y las preocupaciones de los sacerdotes.

La abstinencia pitagórica aun está en uso en toda la Asia. En nuestra Europa algunos sabios que han tenido valor de vivir para ellos la han adoptado, siendo de este número el gran Newton, quien aunque añadia el uso del pescado era ménos por gusto que por condescendencia á la sociedad en que vivia, creyéndose obligado á respetar sus debilidades.

Los físicos han observado tambien que la nutricion de los pescados espesaba la sangre, disminuia la transpiracion y engendraba las enfermedades cutáneas. En efécto la mayor parte de los pueblos ictiófagos están sujetos á una especie de lepra; y la historia refiere que los de los griegos que no quisieron adoptar en Egipto el régimen dietético de Orfeo, fueron acometidos de la abominable enfermedad de la elefancia, la cual se anuncia por la pelonía total y por los ecsotosis, hallándose el cuerpo corroido de horribles úlce-

ras, y por un cáncer universal que penetra hasta la osamenta. Las causas y efectos de esta enfermedad están conocidas, y hasta ahora ningun médico ha podido curarla.

Tan verdad es que el uso del pescado, unido á la neblina infectada que ecshalan las aguas del mar ó tanques, es el principio de este azote; que la costa marítima del Asia y la baja Egipto han sido siempre miradas como su suelo natal. Tambien en Europa no se ven hoy algunas trazas de esa enfermedad sino en ciertos paises marítimos, tal como la Irlanda, la Groelandia y la Noruega.

El autor de la historia de la elefancia pretende que el fuego de San-Antonio, el mal Pérsico, la plica Polonesa, el escorbuto y las enfermedades venéreas, no son sino los arroyos de este orígen envenenado: esta conjetura vale bien las de Astruc, de Mr. Paw y las del autor de la Cacomonada.

Los de Kamchada que se nutren de pescados corrompidos, viven raramente mas de los cincuenta años; y si aun llegan á esta edad á pesar del gérmen venenoso que transmiten sin cesar en su sangre, es porque su vida activa impide á ese gérmen de residir en ella: es decir que la transpiracion es el antídoto de su veneno.

En cuanto á la edad madura de algunos cenovitas que al parecer han vivido de pescado, no es preciso atribuirla al género de alimentos á que se dedicaron, sino á la vida simple y uniforme que llevaban, á su situacion local, ó por otras cau-

sas ocultas; y si con su frugalidad y su apatía hubieran sido frujívoros, serian ménos admirados por el número de sus centenares.

Observo que los romanos nunca fueron mas vigorosos de cuerpo y de entendimiento, que cuando sus Fabricius y sus Cincinatus vivian de las legumbres que ellos mismos sembraban. El lujo vino despues á enervar sus órganos y su alma. Lúculo hizo servir el despojo de un pueblo á los gastos de una comida. Craso apareció en público llevando el luto de un pescado, y Roma tuvo dueños.

Una tierra estéril, un cielo que favorece la flojedad del carácter y tambien algunas veces la desesperacion, han obligado á pueblos salvages á nutrirse de animales de que tienen horror los civilizados. Hay en Etiopa tribus enteras que no viven sino de langostas, y así á los cuarenta años de edad se engendran insectos con alas en la sangre de estos acridófagos, de suerte que los animales que ellos han devorado, los devoran á su turno.

No es en la clase de los etiopes que es preciso poner á los ofiófagos. Shaw asegura que en los contornos del Gran-cairo hay cerca de cuarenta mil personas que comen serpientes; pero añade que es para no temer la picadura de los reptiles venenosos que se propagan en el ardiente clima del Egipto. No hay duda que su sangre se empobrece con este alimento lleno de sal alcalino, pudiendo creerse que fueron ofiófagos los antiguos Si-

las, que hacian oficio de curar las heridas envenenadas chupándolas.

En fin, por no dejar de haber ninguna suerte de delirio de que sea capaz el espíritu humano, han ecsistido antropófagos, y los historiadores habian atestado ya este hecho deshonorante para la especie humana aun ántes que Homero hubiese pintado su Polifemo. Pero los viajantes ó bárbaros que han visto mal, ó tenido interes en ello, han ecsagerado prodigiosamente el número: y en verdad el ser que se dice rey de la naturaleza se ha hecho ya bastante odioso por sus crímenes, para que no se le marchite su memoria por calumnias.

Es probable que en todos tiempos el delirio de la venganza ha podido obligar á los salvages vencedores á comer sus prisioneros despues de una guerra larga y sangrienta; pero un esceso de frenesí de parte de algunos individuos nada prueba contra el carácter dominante de una nacion. Los tentiritos no han sido acusados del crímen de caníbales porque uno de sus fanáticos se comió á otro de ellos, y seria injusto que porque en Amsterdam se devoró el corazon del famoso de Witt, y en Paris el del mariscal de Ancre, se ponga á los holandeses y franceses en el rango de los antropófagos.

Por respeto que tenga á Tito Livio, no puedo creer bajo su palabra, que Aníbal hizo distribuir á sus soldados carne humana para hacerlos mas temibles á los romanos: el historiador del siglo de Augusto calumniando al héroe del África, pro-

curaba sin duda labar á sus conciudadanos del oprobio que repartia sobre ellos la ruina de Cartago.

Entretanto no quiero esparcir las tinieblas del pirronismo sobre la historia de los pueblos bárbaros. Sé muy bien que los adoradores del Teutates y de Irminsul han comido hombres algunas veces; tampoco niego que este uso atroz se ha observado entre algunos caribes, en las ordas de los caníbales y entre los Jagas tan celebrados por los condes de Cavazi y de la enciclopedia.

Tambien si se quiere, estaré de acuerdo contra toda verosimilitud, que en el palacio del rey negro mococo se matan diariamente doscientos hombres así criminales como esclavos de tributo, para la comida del soberano y de su casa. Apesar de todo no es de temer, que estos horrores desagradables lleguen nunca á ser de moda en los pueblos que tienen costumbres y leyes: el instinto solo sirve al hombre de preservativo contra iguales atentados, sin que haya necesidad de consultarse al filósofo de la naturaleza.

Tambien será inútil reclamar contra el dogma monstruoso de Crisipo, que permitia nutrirse de cadáveres ¿Cual puede ser la autoridad de un hombre que hizo setecientos volúmenes, y que no trabajaba sino despues de haber tomado el éleboro? No ignoro que el crímen de comer un hombre muerto es nada en comparacion al de asesinarlo: pero es imposible que el dogma de Crisipo tenga partidarios. La sensibilidad depone muy viva-

mente contra esta paradoja, y jamas se usará que los muertos tengan por sepulcro el estómago de los que les sobreviven.

CAPÍTULO V.

De la medicina y de los médicos.

En ningun lugar de esta obra es tan adecuado tratarse este capítulo, como á la seguida del de los alimentos; por ser los que mas contribuyen á enfermar al hombre, ya por la ignorancia de sus calidades, como por el abuso en la gula ó destemplanza.

Las sabias ideas que se han escrito sobre la medicina y los médicos, me ahorran sin duda producir las mias con la misma estension. Así evito cualquiera censura en copiarlas, protestando no ser mi ánimo la sátira de los dignos facultativos, sino contribuir á que se adelanten las luces sobre un ejercicio tan interesante como peligroso á la humanidad, y con el objeto tambien de que sepan conducirse en sus males los que tengan la desgracia de perder su salud.

Empieza así el sabio escritor „Pido perdon á todas las facultades de medicina, por ser verdadero en una discusion en que ellas desearian que no fuese sino prudente. Me cuesta mucho derribar altares; pero porque mi pluma es pacífica, es

que se levanta contra los cultos sanguinarios, y no destruyo sino para prevenir mayores destrucciones.

La medicina de los doctores se define *el arte de conjeturar*: así en la escala de los conocimientos humanos, es preciso colocar este arte con el de descifrar geroglíficos y componer almanaques. Ella es desde luego fútil por sí misma. pues cuando el enfermo sana, todo se debe á la naturaleza y nada á los doctores.

Digo mas y es lo que despedaza mi alma: la medicina es el mas peligroso de nuestros conocimientos, porque no puede adquirirse, sino haciendo una caterva de esperiencias: así es que un doctor asesinando á los padres, aprende á curar á su posteridad.

Los hombres sin principios que creen degradar la máquina animal, si la mano de un doctor no remontase á cada instante sus resortes, no saben que la medicina fué ignorada de los griegos durante quinientos años, es decir todo el intervalo que corrió entre la guerra de Troya y la del Peloponeso; y que no fué conocida de los romanos en espacio de seis siglos, sino por el oprobio que repartieron sobre los que la ejercitaron, pues siendo desterrados de la Italia cuando vinieron á Roma de los paises que conquistó, acordó despues su ejercicio á viles esclavos luego que el lujo ecsijió su tolerancia; de suerte que Augusto, que pudo todo lo que quiso, deseando ensalzar la medicina por súplica de Antonio Musa, fué obliga-

do á espedir un decreto que libertaba perpetuamente á los médicos. En fin aun hoy en esa mitad del Asia en que se conserva el régimen de Pitágoras, no se ven en ella tantos centenares, sino porque tampoco se ven médicos.

Quisiera saber sobre que se ha fundado el atrevimiento de las decisiones de nuestros modernos médicos. Los tres hombres de genio de que se honran, que son Hipócrates, Sidenhan y Boerhaave se encierran sin cesar en los límites del mas rígido cepticismo, pues dan á entender á cada página que las escepciones son siempre mas numerosas que las reglas, y que apenas por cincuenta años de trabajo se compra el derecho de establecer algunas conjeturas.

« Los doctores que han hecho tantos libros absurdos para esclarecer los hombres y tantos homicidios para curarlos ¿conocen muy á fondo el mecanismo del cuerpo humano para cambiar á su gusto sus resortes y sus ruedas? ¿tienen algunas luces sobre el fuego, principio que vivifica los seres, que los produce y que los descompone?

Es muy probable que la mayor parte de nuestras enfermedades derivan de la alteracion del suco nervioso, y no pueden establecerse sino frívolas conjeturas sobre la naturaleza de este fluido que parece el estracto de todos los otros, sobre el mecanismo que emplea el cerebro para filtrarlo, y sobre la rapidez con que es transmitido por los nervios á todas las partes del cuerpo para obrar nuestras sensaciones. La naturaleza nos demuestra los

efectos dejándonos ignorar las causas: ella trabaja tras del teatro para ocultar sus resortes y contrapesos, y nuestros doctores están tranquilamente en el patio, despachando sus paradojas, sus venenos y sus recetas.

¿Como el médico aplicaria apropósito lo que él llama sus remedios, cuando casi siempre ignora el parage de las enfermedades? ¿cual es por ejemplo el sitio de la fiebre mas ordinaria de las que atacan á los hombres civilizados en los dos mundos? Galeno la coloca en el corazon, Morton en el cerebro, Silvio en el páncreas y Boglivi en el mesenterio: es probable que los cuatro no tienen razon pero sí partidarios; y ántes que el mundo esté de acuerdo, cada uno mata sus enfermos por la gloria de su maestro y por el adelanto de su doctrina.

Los médicos confiesan que hay enfermedades incurables, tal como la gota y el humor corrosivo del cáncer; pero el principio morvífico que altera la máquina humana en estas dos circunstancias ¿nunca ha tenido otro desenvolvimiento? Entre las enfermedades físicas hay la misma filiacion que la moral descubre entre las del alma: la misma causa que da la gota á mi padre puede á mí darme la fiebre, y quizas ha dado á Mahoma la epilepsia. ¿Por qué temeridad pues se cree que yo quede curado cuando no se atrevió curarse á mi padre, y cuando todo el arte de los Hipócrates de la Arabia nunca ha podido paliar el mal vergonzoso de su profeta?

La verdad es que no hay ninguna enfermedad incurable por la naturaleza y que todas lo son por los médicos.

Sin embargo de tantas razones para que fuesen modestos, ved la intrepidez con que los doctores se burlan de la vida y de la muerte de los ciudadanos. Al primer golpe de ojo juzgan de una enfermedad, aunque su gérmen haya esperado algunas veces hasta veinte años para desenvolverse: déspotas hasta en los términos del arte, dan á sus frívolas recetas el nombre fastuoso de ordenanzas, y cuando en su orgullosa ignorancia no ven mas recurso contra el mal que empeoran, estos terribles inquisidores condenan su víctima á morir desde lo alto de su tribunal. Es verdad que de tiempo en tiempo el enfermo apela de ellos á la naturaleza, y esta lo cura á la vez de su mal y de su idolatría por los doctores.

Es por una consecuencia de este despotismo, que la medicina mil veces ménos útil á los hombres que la cirugía, no cesa entretanto de perseguirla; es tambien por la misma razon, que los doctores se levantan contra todos los remedios que ellos no han inventado; que han proscripto la ipecacuana antimonia y la inoculacion; y que siempre que un estranjero simplifica el arte de curar, ellos emplean la autoridad para cargarle de grillos; como si los anatemas de una facultad impidiesen á los vejetales saludables de ayudar á la naturaleza ¡y como si la propaganda encadenando á Galileo hubiese impedido á la tierra que turne al rededor del sol!

Cuanto á la mayor parte de los remedios que se hallan en todas sus recetas, ó no sirven de nada y es lo que puede ser mas feliz al enfermo, ó ellos obran con violencia: entónces despues de haber curado la enfermedad, es preciso curar despues los funestos efectos del remedio.

Un médico filósofo, penetrado de la futilidad de su arte, se esplicó en nuestros dias con franqueza en un apólogo. La naturaleza, dijo él, está luchando con la enfermedad: llega un ciego, que es el médico armado con un baston para ponerla de acuerdo: él levanta su arma sin saber donde hiere: si atrapa la enfermedad, la destruye, y si cae sobre la naturaleza, la mata.

A este sufragio puede añadirse el del hombre mas elocuente de este siglo. El arte de la medicina dijo, es mas pernicioso á los hombres que todos los males que pretende curar... Él está en moda entre nosotros y debe estarlo, porque es la distraccion de los hombres ociosos y holgazanes, que no sabiendo que hacerse de su tiempo lo pasan en conversar... Es preciso que esas gentes tengan médicos que los amenacen para lisonjearlos, y que les den cada dia el placer de que sean susceptibles, como el de no morirse... En general la medicina puede ser útil á ciertos hombres, pero sostengo que es funesta al género humano.... Se me dirá como se ha dicho sin cesar, que los defectos son del médico, pero que la medicina es por sí misma infalible. Está bien: que venga ella sin médico, pues miéntras que vengan juntos, ha-

brá que temer cien veces mas los errores del artista que esperar los socorros del arte.

¡Y estos son entretanto los ciegos que gobiernan la Europa con sus recetas, así como las antiguas Sibilas la gobernaban con sus oráculos! La medicina no cura al hombre del mal físico, y aumenta en él el mal moral: ella le da con el tiempo una alma pusilánime, le sustrae de sus deberes para prevenir los males de opinion; y aislándolo en medio de la sociedad, ciñe su ecsistencia al solo instinto que le conduce á conservarse.

No me lisonjeo de destruir la moda que se ha introducido desde mucho tiempo en nuestras capitales de tener un médico de casa, como se tiene un mayordomo y un papagayo. El mismo Moliere, azote de los doctores tenia uno de ellos: es verdad que cuando Luis XIV le ecsigió el motivo de esta contradiccion, respondió con pureza el hombre de genio. *Este hombre es mi amigo*: cuando estoy enfermo *me da consejos*: *yo no los sigo y me curo.*

A pesar de la epigrama de Moliere, es preciso ser justo: los consejos de un hombre que ha estudiado la anatomía y la historia natural deben seguirse algunas veces; pero es necesario tener el aliento de juzgar á sus jueces, y no abandonarse á ellos sino á la última estremidad, pues entónces es igual pagar el tributo á la naturaleza ó ser muerto por los médicos.

La medicina de los doctores no es pues en ge-

neral sino el arte de adular al hombre enfermo: veamos si la medicina de la naturaleza seria el arte de curarlo.

La naturaleza no hace seres enfermos; por consecuencia, la enfermedad es un estado contra naturaleza.

Cuando nuestra intemperancia, ó el desórden de nuestras pasiones, ó cualquiera otra causa han alterado la economía animal, es preciso que una crísis saludable la restablezca, ó que la máquina se descomponga.

Así la naturaleza no tiene necesidad sino de su energía para combatir el mal que le es estraño; y siempre que los órganos no estén debilitados por la edad ó por el abuso de los placeres, ella lo combate con suceso, escepto quizas en el caso de un contagio.

El combate entre el mal y la naturaleza se anuncia ordinariamente por la fiebre: el movimiento se acelera entónces en la sangre y en los humores: las arterias multiplican sus latidos: todo hace esfuerzo contra la materia heterogénea: en fin la crísis sobreviene, la naturaleza vence y el mal es curado.

Cuanto á los remedios que pueden acelerar la salida del humor morbífico, es la naturaleza que los indica, y no las caprichosas recetas de los doctores; he observado en las fiebres pútridas que los enfermos no gustaban sino de las naranjas y bebidas ácidas: el italiano picado de la tarántula suspira por la música que debe curarlo.

Sobre todo en los animales que están mas al alcance que nosotros de oir la voz de la naturaleza, es que su instinto triunfa. Si un gallo encerrado tiene necesidad de un absorvente que corrija la acritud de sus humores, tragará la cal de las paredes: un perro enfermo vá á buscar en un jardin la planta que debe purgarle.

Se sostiene que el caballo marino sobre cargado de sangre, se frota con juncos que le despedazan y se cura por medio de esta emorragia.

Y que no se diga que el hombre enfermo no sabria procurarse sino á gran costo los simples que puedan acelerar la crísis de la naturaleza: el abeto tan comun en el Norte, destruye por la eficacia de sus botones ó vástagos la acrimonía de la sangre que contraen los pueblos ictiófagos: el berro, la romaza, la coclearia, y todos los anti-escorbúticos abundan en los paises cenagosos: sobre todo en los paises donde son endémicas las enfermedades venéreas, se halla el guayacan, la zarzaparrilla, la lobelia y todas las plantas sudoríficas, á las que otros están obligados á sustituir el terrible remedio del mercurio.

La mas temible de las enfermedades que es la elefancia, cuyo gérmen parece fijo en el ardiente clima del Egipto, no podria curarse sino con caldos de una especie de vívora que se halla con abundancia sobre los bordes del Nilo.

Sobre todo es preciso, que cuando el instinto ó la esperiencia de los sabios nos ha hecho conocer algun específico contra las enfermedades que

derivan de nuestra incontinencia, no se mezclen jamas con otros remedios. De la unidad de la hipecacuana ó de la quina es que depende su suceso en la disenteria, ó en las fiebres intermitentes. En fin separándose de esta sencillez primitiva, es que los doctores logran á menudo volver peligrosos los remedios de la naturaleza, haciendo del cuerpo del hombre un laboratorio de alquimia, en que del crisol sale la muerte en lugar de la grande obra.

Hombre sabio, hombre intemperante ¿quereis curaros? Simplificad vuestros remedios, pensad que no tuvieron los romanos en seiscientos años otra farmacia que algunas plantas indígenas: ¿creeis que ellos habrian hecho tan grandes cosas, si hubieran pasado su vida en temer la muerte? hubieran ellos conquistado el mundo si hubieran sufrido la tiranía de los médicos?

Uno de los médicos mas seguros, para acelerar la crísis saludable que debe purgar nuestros fluidos de toda materia heterogénea, es la transpiracion; y el arte la facilita por las fricciones, por los sudoríficos y sobre todo por el uso oportuno de los baños.

Los antiguos romanos prevenian ó curaban casi todas sus enfermedades bañándose en la agua fria: hoy tambien los turcos y los rusos egecutan prodigios en este género, y no podemos contradecirles por no tener el valor de imitarlos.

Los baños de aire aun serian mas útiles que los de agua, si se supiese tomarlos: alguna parte de

las enfermedades de las capitales se adquieren por respirar el aire envenenado de las camas, de los coches y de las salas de los espectáculos; puede precaverse de ellas si de tiempo en tiempo se fuese á la cima de alguna montaña, en que despojado de sus vestidos se gozase libremente del aire y de la naturaleza: pero seria preciso ir á pie llegando al amanecer para que fuese mas eficaz: pues la gente ociosa no usa andar, y nuestras lindas mugeres serian bien incómodas de conocer otra aurora que la de Ovidio ó del teatro de la ópera.

El ejercicio, la frugalidad y el equilibrio en las pasiones; he aquí para el hombre sabio el medio de estar siempre sano: el agua, el aire y algunos simples; he aquí el medio de curarse cuando algunos escesos lo han hecho enfermo.

Si no hay fuerza para perseverar en la filosofía práctica, es preciso á lo ménos estudiar su temperamento para en la necesidad sustraerse de la tiranía de los médicos.

No conviene al hombre sanguíneo sino platos suaves y privados de sazones: cuando él está enfermo, no tiene precision sino de remedios propios á refrescar la sangre y á calmar su efervescencia.

Los temperamentos pitituosos piden los amargos, los cordiales, las bebidas astringentes y todo lo que pueda fortificar el tejido fibrilar y multiplicar sus oscilaciones.

La naturaleza indica al hombre vilioso los nar-

cóticos, las bebidas ligeramente ácidas, algunas aguas minerales; y todo lo que puede dividir los humores y templar su acrimonía.

El temperamento melancólico es quizás el bilioso llegado al estremo. Las enfermedades que él origina se curan por el mismo régimen: no debe sino recomendarse mucho al hombre melancólico el agua por bebida, el paseo, la equitacion, y una mezcla feliz de trabajo y de placeres.

Reduciendo sin cesar el hombre á la naturaleza, no pretendo como Paracelso lisonjearle de una vana inmortalidad. Es indispensable que nuestros resortes se alteren en razon de su tension, que el fuego, principio que nos ha organizado, nos consuma, y que todos los fluidos que circulando en nuestros vasos mantienen nuestra ecsistencia, se evaporen por el frotamiento; pero quisiera que el ser pensador tuviese como el que vejeta, el privilegio de acabar la carrera que la naturaleza le ha señalado, para que ántes de tiempo no perezca por sus faltas ó por la orgullosa ignorancia de los médicos.

Despues de haber escrito este sabio sobre la medicina y sus doctores, ha ido progresando esta ciencia en el discurso de cincuenta años mas ó ménos, en que dió á luz sus pensamientos. Se han visto en Europa escelentes médicos que hacen honor á la profesion; pero este adelanto se ha debido sin duda á las luminosas ideas de aquel escritor, que marcando la ruta á los estudiantes, increpaba á los médicos su ignorancia criminal

con que se multiplicaban los homicidios: así los estimuló al estudio de la anatomía, de la botánica y de todos los conocimientos físicos análogos al cuerpo humano; siendo estos los verdaderos principios para el probable acierto en la curacion de los males que turban el curso natural de la vida.

El talento de curar debe tener ciertas reglas infalibles, así como las tiene el de regular el derecho político y el civil. Todas las ciencias en sus principios han sido conjeturales. El tiempo, la invencion, el injenio, las nociones preliminares, la dolorosa esperiencia de tantos siglos y la continua aplicacion literaria, han sido los motivos poderosos para que un entendimiento ilustrado haya establecido acsiomas y dictado reglas fijas en todas las ciencias, que cada vez se irán purificando hasta su mayor perfeccion; y llegará tiempo en que el defecto no consistirá en la facultad, sino en el que la ejerza por carecer del genio adecuado y de la suficiente capacidad.

CAPÍTULO VI.

Del carácter.

Esta palabra debe considerarse respecto de mi asunto, como una cualidad física en la especie humana, ó como un sentimiento moral. Como cualidad física, corresponde su conocimiento á todo lo

que puede contribuir á la conservacion de la energía y regularidad de los órganos, ó mejorarlos. De este modo debe el hombre disminuir la infinidad de males que le acarrean sus desórdenes, originados mas por su ignorancia que por la saciedad de sus deseos. Él estaria entónces sujeto á los que eran imprescindibles en fuerza de los elementos de que está formado, y de los efectos naturales de la tierra en que lo colocó el Omnipotente.

El carácter humano como un sentimiento moral, debe tener dos consideraciones: la primera con respecto á la religion, y la segunda con tendencia á la sociedad. Reconociendo el hombre á su creador supremo para admirarlo y consagrarle la pureza de su corazon; y observando las reglas de conducta que ecsigen las relaciones sociales en toda su estension: he aquí la posible felicidad del género humano, con que se hace apreciable la vida, y estendiéndola á cuanto permite la naturaleza. Así, para entrar en su estado futuro, recibe la muerte con impavidez, se arroja con confianza en los brazos de la divina Providencia, y su misma muerte pacífica evitará los dolores agudos del pesar de su familia, y de todo lo que le afectaba.

Este es el verdadero carácter que debe tener el hombre, pensando y obrando constantemente segun los principios referidos, y que espresaré con la mas posible ecsactitud en los capítulos que dividen las partes de este discurso.

Sin embargo, no será fuera de propósito hacer otra esplicacion del carácter humano en cuanto distingue á una persona de otra por las calidades del ánimo y del ingenio; pues todo contribuye al gran objeto de la instruccion general para la conducta pública y privada de los individuos.

Hablando con un sabio que ha tratado la materia, digo pues que en este sentido todo hombre tiene carácter, siendo maravillosa la infinita diversidad de los que le constituyen, y evidente que obra en esto la misma naturaleza. Quizás no se halla sobre la tierra dos granos de arena, ni sobre ningun árbol dos hojas perfectamente homogéneas: lo cual induce á convencer que la física de los espíritus no tiene otras leyes que la de los cuerpos.

Aunque estos fuesen esencialmente iguales, se hallaria siempre alguna diferencia por el mismo órgano de la vista, pues la pasion da un color particular á todo lo que se mira con ella. Un microscopio cambia las modificaciones de los cuerpos, y el carácter es el de los seres inteligentes.

Con todo, hay algunos que parecen sin carácter porque no tienen sino cualidades indeterminadas; y cuya alma sin vicio y sin virtud, no ofrece ningun rasgo sobresaliente, lo mismo que sucede con los rostros sin fisonomía. Muchos consideran que los hombres sin carácter son muy peligrosos en la sociedad, porque la bondad de sus miembros no se funda sino en el comercio de los beneficios que supone la confianza. ¿Puede fiarse de

una estatua, cuyos resortes no se mueven sino al impulso de una mano estraña? ¿y que aprecio debe hacerse de la virtud de un hombre que no me obliga, sino porque hoy sopla el viento del Este?

Solon en una ley declaraba por infames á los ciudadanos que en una sedicion no tomaban partido. Él no pensaba protejer rebeldes, sino castigar á los hombres sin carácter.

Todos los hombres difieren entre sí, y cada uno difiere del mismo: por eso es muy difícil conocerse el carácter. Un magistrado juzgando, no está organizado como cuando está en la ópera. César en los brazos de Cleopatra no es el de Farsalia. ¿Y que intervalo tan inmenso no hay entre Newton que hace gravitar los planetas, y Newton que comenta el apocalipsis?

La falta de abertura en los caractéres impide tambien al filósofo someterlos á la antorcha del analísis. La misma verdad viene á ser mentira en la boca de Tiberio ó de Mazarin, y el hombre estúpido que cree adivinarse, sus mismas contradicciones lo disfrazan.

Aun las acciones mas brillantes no denotan evidentemente un carácter. La religion de Huet ha sido un problema á pesar de su demostracion evangélica; y diez años de humildad en el cardenal de Montalto, no designaban sino el despotismo de Sisto V.

¿Quien creyera que la misma sinceridad puede servir de velo á un carácter? Un hombre sencillo no es tonto porque él ignore las cosas de con-

vencion: su candor puede ser la simple espresion de una idea, y tener el fondo de ella mucha delicadeza.

Puede tambien contribuir el abuso de las palabras á que se dude sobre el carácter: por ejemplo, se cree definir un hombre cuando se dice que él es serio; pero ¿cuan diversas matices no ve el filósofo en las varias acepciones de esta palabra? ¿qué sagacidad no es preciso para subdividir al infinito los seres que el pueblo gusta confundir?

Es uno serio, cuando se ha recibido de la naturaleza una sangre templada, y fibras poco fértiles en espíritus animales.

La habitud de las maneras graves y de los tonos concertados, hace que el hombre parezca serio, aunque no sea propenso á la flema y á la misantropía.

Una persona alegre llega á ser séria, cuando tiene abatido su coraje por el peso de la desgracia.

Un hombre estúpido parece serio, porque sus órganos son pasivos y no hay soltura en los músculos de la fisonomía.

Es serio un hombre de genio como Arquímedes, porque toda su alma está recogida en sí misma, y no parece que ecsiste sino por su inteligencia.

El serio de la ociosidad, debe tambien distinguirse del serio de la distraccion y del de la timidez. Aun debe confundirse ménos el hombre serio por acceso, que el filósofo serio por principio.

Se abusa igualmente de los nombres que se dan

á otros caractéres. Los inventores de una lengua definen mal los hombres, porque no los conocen: el vulgo repite estas definiciones, porque les ahorran el embarazo de observar; y los filósofos que quieren escudriñar el corazon humano, se detienen á cada paso, ya por el idioma de la ciencia, y ya por sus dificultades.

¿Será pues el carácter de los hombres un enigma que no pueda emplear toda la sagacidad del filósofo? No: sin duda el problema estará resuelto, cuando se hable de la pasion dominante, por ser quien lo descubre sin poder ocultarse, y quedará justificada la naturaleza.

CAPÍTULO VII.

Del temperamento.

Parece que al hombre se atribuyó un temperamento á comparacion del clima. Esta idea fué sin duda luminosa; pero el modo con que se ha definido no es esacto, y aun puede considerarse absurdo.

Se ha esplicado el temperamento del hombre como la constitucion ó disposicion proporcionada de los humores del cuerpo ¿No seria mejor decir que es la cualidad constitutiva de las entrañas, ó de los sucos y humores que las alimentan; pues que siendo aquellas la raiz del animal,

y estos la sustancia delicada y fluida que las vivifican, resulta por consecuencia que su virtud ó calidad es la que forma el temperamento del hombre?

Es bien demostrado, que el género humano tiene una misma organizacion y una propia forma; pero se nota una infinita variedad en su estructura interior y esterior. Desde que él ecsiste, nunca habrá habido quizás dos hombres perfectamente iguales. Se há manifestado en las memorias de las academias muchas descripciones de las arterias de la cabeza, y hay en todos los dibujos una distincion singular. En la forma se nota la mayor desigualdad por el color, por las proporciones, por el tamaño, y por los rasgos ó delineamientos del rostro. Tan prodigiosa variedad es puro efecto de la naturaleza, quien reservando la sencillez en sus planes, prodiga en los detalles la riqueza, la diversidad y la magnificencia. ¿Y como habria de evitarse la monotonía humana, con que se confundirian los individuos y las clases?

Con el temperamento sucede lo mismo: todos los hombres lo tienen, pero cada individuo deriva el suyo peculiar de la mayor ó menor energía de sus propios sucos y humores. Es muy sabido que el cuerpo, siendo compuesto de los líquidos y fluidos para el preciso sustento de los sólidos, se vigoriza ó enerva segun sus cualidades. Así es que miéntras los resortes orgánicos mantienen su fuerza en mas ó ménos grado de

actividad, solo puede templarse su esceso con baños y bebidas suaves de algunos vegetales, ó con las fuertes y espirituosas, pues así es como se equilibra en los estremos la balanza de los humores.

El error en la definicion que se ha dado al temperamento, ha inducido igualmente el otro de su division en sanguinos, biliosos flemáticos y melancólicos; es decir que los doctores graduan el temperamento del individuo, cuando se persuaden que á este predomina alguno de aquellos fluidos; pero es un error tan perjudicial cuanto infalible el desacierto en la curacion, pues á menudo se tendria á un flemático por sanguino, á este por bilioso, y al otro por melancólico.

¿Qué se entiende por temperamento sanguino? ¿Será porque el individuo tiene mucha sangre, ó esta es ardiente? ¿Será el flemático por abundar de flema? ¿El bilioso y melancólico derivarán tambien de la misma causa? ¡oh ignorancia! ¡qué de ruinas has originado!

El esceso ó vicio de aquellos humores no es natural sino adquirido, ya por la mala naturaleza de los alimentos, ó ya por el daño de alguna víscera causado por la deprabacion de costumbres, ó por otros motivos que degradan los sucos. Todos los hombres tienen sangre, bílis, y otros fluidos, y no porque estos se alteren, abunden ó degraden por accidentes, ó abusos, debe tal estado marcar el temperamento.

En tal concepto un flemático, pudiendo muy

bien abundar en sangre ó tenerla viciada para una circulacion violenta ó dolorosa ¿se dirá por eso que su temperamento es sanguino? Entónces un bilioso natural cambiaria con el tiempo en flemático.

Si el temperamento del hombre es divisible, ninguna division podria ser mas natural y análoga que la de seco y húmedo, proviniendo el uno de la abundancia del fuego elemental en los fluidos y sucos, y derivando el otro del estremo contrario por predominar la parte aguosa. Así es que el temperamento debe calificarse por el grado de calor ó frialdad que constituye al hombre, á manera del termómetro con respecto al clima: de suerte que llega á ser gradual desde el mas cálido hasta el mas frio, siendo los estremos los que contribuyen á la disolucion del cuerpo: el uno porque seca el húmedo radical, y el otro porque apaga el calor natural.

Bajo estos principios y probabilidades físicas, es necesario que el esceso de sequedad se temple con baños, bebidas y manjares suaves, y por contrario concepto, el de humedad ó frialdad, con las espirituosas ó alimentos enérgicos; por ser así que los órganos vuelven á tomar su equilibrio; cuyo estado llaman los médicos *el tono del estómago*.

Con esta corta doctrina de esacta esencia se conocerá que el temperamento ardiente que con error se llama sanguino, proviene de la sequedad del húmedo radical, y el flemático de la a-

bundancia de humedad en los fluidos: contribuyendo á uno y otro vicio la depravacion de los sucos por la mala calidad del alimento mas ó ménos igneo y aguoso que es lo que fija su cantidad balsámica, ó por otros motivos de escesos y abusos.

La melancolía puede decirse que es la perversion de la bílis ó cóleras, y tambien proviene de alguna entraña dañada por un humor maligno que la corroe: siendo por lo mismo en este último caso muy difícil de curarse, porque son entónces necesarios el mas fino discernimiento de un médico sabio, y una rígida dieta y conducta del paciente. ¿Y por qué la melancolía es por lo comun imposible de curarse? Porque para llegar al sumo grado, es preciso tambien una sucesion de abusos y desgracias que debilitan los resortes, obstruyen la transpiracion é infestan hasta los sucos y fluidos, aposándose despues estos humores estraños ó viciados en algunas de las partes mas nobles y sensibles de los órganos que los van royendo hasta causar la disolucion total.

CAPÍTULO VIII.

Del trabajo y egercicio.

La organizacion del hombre, su mismo carácter espiritual, y la naturaleza de sus sentimientos

sociales, demuestran que no fué creado para el reposo. Si su forma lo constituye precisamente para toda clase de trabajo, tambien su alma le inspira obras maravillosas, facultándolo por su entendimiento á dirigirlas con armonía, brillantez y gusto.

Por consecuencia la inaccion es un estado contra la naturaleza del hombre, repugnando á su estructura, y propendiendo á su enervacion. Es tambien la pereza un insulto á los designios del Creador, porque se desprecian los poderes que dió al alma para ejercitarlos. De otra parte, la falta de ocupacion y ejercicio, induce desde luego al desórden moral y al odio de la misma vida.

En virtud de estos principios, deben egercitarse todos los individuos del género humano. Es verdad que ni pueden tener una propia ocupacion, ni una igual constancia, siendo lo uno incompatible con la sociedad y las diversas inclinaciones, y lo otro por la desigualdad de las fuerzas físicas é intelectuales.

Siendo evidente que la sociedad civil ecsige para su ecsistencia diferentes artefactos y labores, próvida la naturaleza remedió esta necesidad con los distintos genios y temperamentos de los hombres, haciéndolos capaces para todo género de ejercicios. El gran talento de las cabezas de familia y de los gefes del gobierno económico nacional, es saber acomodar el genio y la fuerza á la ocupacion que deben tener los súbditos en los empleos públicos y privados.

Hay ejercicios puramente corporales, espirituales y mistos. Hay tambien hombres fuertes, débiles, estúpidos y perspicaces: por consecuencia para unos basta la fuerza física, para otros la intelectual, y para muchos el genio y la robustez á la vez.

La distincion de todos estos ejercicios está bien demostrada y no necesita de esplicacion: solo si es de advertirse que los que se ocupan en trabajos de fatiga corporal, requieren descanso; y los de ocupaciones sedentarias necesitan del paseo y recreaciones para la circulacion de los fluidos y para la energía de los órganos.

Esta es una doctrina tan importante á un buen gobierno, como útil á los individuos: porque el primer principio del órden social y de la moral pública, es la constante aplicacion en ámbos secsos, que es la que modera las pasiones ó deseos criminales; y porque en las familias jamas faltarán la abundancia, la paz y la salud.

De todos estos conocimientos es que derivan precisamente los encantos y bienes de la sociedad civil, y la felicidad individual, aplicándose todos á los ejercicios y trabajos compatibles con su inclinacion y con sus fuerzas.

CAPÍTULO IX.

De la limpieza, vestido y adornos.

El aseo contribuye tanto á la salud, como el buen alimento. Las manchas corporales obstruyen casi siempre la transpiracion, endurecen el cútis, y todos los humores se alteran con la suciedad esterior que pompa el cuerpo, embotándose los hálitos sanos. El agua fresca ó templada es preferible para la limpieza al prepararse al sueño; siendo rara vez oportunos los licores ó espíritus artificiales, y los cocimientos aromáticos.

Lo mismo sucede con el vestido. La calidad de las ropas, y su manufactura ha de ser compatible con el temperamento del individuo, y con el clima en que se vive. Todo vestido ha de ser tambien proporcionado á los contornos del cuerpo, evitándose lo ridículo, y dejándose á los músculos su libertad, para que los miembros ejerzan francamente sus funciones en cualquier accion, ciencia ó arte. Muchos individuos enferman por la calidad y clase de las telas en sus vestidos ó camas, y no pocos, principalmente las jóvenes y niños, han sido víctimas de la apretura por modas ó por un uso absurdo y salvage, ó por las pieles ó lanas que forman su lecho.

Los adornos han de ser igualmente análogos á los elementos de su constitucion, y sin ofender la

figura. En ámbos secsos los barnices ó afeites, los peinados, mutilaciones, pinturas y prendas han sido bizarros, han maltratado el cútis y han perjudicado las fibras ó nervios. Así es que para usarse han de ser abonados los unos y los otros de modo que no depraven la máquina. La delicadeza y elegancia en los adornos y vestidos no solo influyen en la hermosura, sino en la serenidad y placer del corazon, que son los signos inequívocos de la salud y de la moralidad.

CAPÍTULO X.

Del placer de la reproduccion, ya en la mezcla como en solo.

El abuso de este gozo por falta de sazon, es una de las primordiales causas de nuestras enfermedades y dolores, y algunas veces de la depravacion moral. El corazon se enerva perturbándose sus fluidos á fuerza de los placeres inmaturos con la frotacion del órgano ó del instrumento generador; ó se deprava en su calidad moral, porque la energía y bondad de sus humores influye mucho sobre su providad y su rectitud; y porque aflojándose tambien sus resortes intelectuales, apenas se atina con la razon por científico que sea el individuo; y tanto el mal se aumenta, cuanto que hay esceso,

Todo padre de familia, ó rector de los educandos que se halle poseido de estos conocimientos por su desgraciada esperiencia, por su instinto, ó por su ciencia, deberá ser muy vigilante con los niños de cualquiera secso para impedirles directamente el uso de su impotencia, ó lo inmaturo del placer natural de la generacion, y cualquiera otro deleite innatural de la reproduccion.

Cuando el individuo está sazonado, no hay otro peligro contra la salud, que la repeticion de actos hallándose ecshausta la esperma, equivaliendo á lo temprano, como los estravíos y abusos con criaturas de diversas cualidades de la materia; ya por lo que enerva, y ya por la aspiracion de fluidos estraños que envenenan la pureza de nuestros sucos, quebrantándose así la sanidad, ó acortando la ecsistencia.

Con esta sucinta y casi misteriosa esplicacion he dicho lo bastante, sin estenderme por no herir la preocupacion que se ha radicado en todo pueblo culto de no ser permitido emitirse los conceptos con las palabras de su franca significacion, aunque no se repara que todas ellas están escritas en los diccionarios, y sin atenderse á que con doctrinas enfáticas no han de aprender los que carecen de la educacion científica, ó de una razon muy versada.

CAPÍTULO XI.

De las pasiones.

El conocimiento de las pasiones es de los mas importantes: viene á ser como la llave que abre la puerta á la sabiduría, por la influencia que tienen en lo físico y moral.

No se trata de la pasion en cuanto hace sufrir al hombre por sus enfermedades, sino por lo que turba la principal entraña centro del alma sin causa morbífica.

Los filósofos han definido esta pasion de varios modos, y la que mas adecua es la siguiente: *el ímpetu ó inquietud del corazon por algun motivo que hace gozar ó sufrir.*

Estos motivos pueden ser de un sentido físico y de un sentido moral: tantas serán las pasiones cuantos fueren los motivos: y aunque en esta parte solo se trata del hombre físico, no se estrañará que se mezclen en este capítulo las pasiones de un sentido moral por la conecsion é influencia que tienen sobre la animalidad, y porque así se percibirá una idea completa de las pasiones.

Pero me parece preciso ántes de entrar en esta esplicacion, manifestar lo que es el alma en su cualidad sensible. Se dice que ha mas de cuatro mil años se está discurriendo y disputando sobre su esencia, y hasta ahora no se ha conocido. Por lo

que espuso cierto filósofo en la oracion fúnebre de un Parsis, parece que el alma es el producto de la materia, ó la sustancia de sus elementos.

Así esclamaba el discípulo de Zoroastre. ¡Oh tierra madre comun de los mortales, vuelve á tomar del cuerpo de este héroe lo que te pertenece! ¡Que las partes acuosas contenidas en sus venas se ecshalen en los aires para que vuelvan á caer en lluvia sobre las montañas, hinchen los rios, fertilicen las campiñas, y corran al abismo de los mares de donde han salido! Que el calor concentrado en este cuerpo se reuna al astro orígen de la luz y del fuego! Que el aire comprimido en sus miembros, rompa su prision para que los vientos lo dispersen en el espacio! Y tú en fin ¡oh alma! vuelve á la sustancia incógnita que te ha producido.

Con este corto rasgo de la idea del alma, pasaré desde luego á la esplicacion de los motivos que alteran sus naturales palpitaciones, afectos y deseos.

El miedo es uno de ellos y se origina de la aprehension, del remordimiento, ó de la vista de algun peligro que amenaza ó se recela. El miedo produce el sobresalto, el pavor, el terror, el asombro, el espanto; siendo estos motivos de mas ó ménos ímpetu en el órgano principal, conforme á la ignorancia ó las preocupaciones, y á la debilidad.

La ira nace de la indignacion y del enojo causados por el odio, por el colmo de la injusticia

y por la desgracia: ella se eleva hasta el furor, arrebato y desesperacion. El celo, la envidia y las injurias producen violencias iracundas hasta efectuarse crueles venganzas.

El pesar es otro motivo que perturba el ánimo, y si el corazon lo abriga, produce el llanto, sollozo, lamento, suspiro, agonía, fatiga y ansia: degenerando á veces en la melancolía que conduce al sepulcro. La pérdida de lo que se ama, la dificultad insuperable por el logro de los deseos y afectos, los infortunios y todo objeto lastimoso originan el pesar.

El placer es otro motivo de la pasion. El amor, la amistad, la gloria, la música, el baile, el gusto, el tacto, el olfato, el adorno, la limpieza, la armonía, las bellezas naturales y artificiales, y la beneficencia; causan los suaves efluvios del corazon, ó unas sensaciones tan agradables que vivifican al hombre y hacen apetecible la vida.

Estas son las cuatro pasiones principales, las mas de ellas de un sentido físico digámoslo así por mayor espresion. El miedo, la ira y el pesar influyen mas ó ménos en la salud, segun el grado á que suben; segun el estado de organizacion en que se halla el individuo por su debilidad; segun su temperamento; y segun las funciones digestivas que esté egerciendo el estómago. Se ha visto que la sorpresa de un pesar, de un miedo y de un placer ha hecho tan fuertes impresiones que ha dado la muerte, á ménos de estar prevenido siempre con la serenidad del alma.

Pueden numerarse entre las ramas de esas cuatro principales pasiones los afectos, que vienen á ser ciertas contracciones producidas de motivos naturales ó accidentales. La simpatía y antipatía, la emulacion, el estímulo, la codicia, la vergüenza, el pudor y la ambicion, turban tambien la tranquilidad.

He concluido por mi parte la esplicacion mas necesaria de lo que es pasion, pero no puedo ménos que estenderla con un sabio tratado de ellas, que traduciré para mayor instruccion y gusto de los lectores.

Hubo muchos escritores respetables que trataron de criminal la naturaleza por haber creado las pasiones, ó que el hombre apasionado siguiese el instinto de ella. Pero si las pasiones son el alma del mundo sensible, ¿porque se ha complacido en decir que son el azote? La mayor parte de los moralistas que con tanta elocuencia han declamado contra ellas, se asemejan en mi concepto á esos empíricos que crean nuevas enfermedades para tener un derecho esclusivo de ser los médicos.

Los filósofos que hacen dos clases de pasiones, siendo las unas permitidas y las otras prohibidas, son tan absurdos como peligrosos; porque es el corazon el criminal y no la facultad de amar ó aborrecer. Todas las pasiones son buenas cuando el alma domina, y son malas cuando ella es esclava.

Las pasiones son tan esenciales al hombre, como el pensamiento lo es al entendimiento y los músculos á la accion de los órganos. Si el hombre fue-

se limitado á sus sentidos y á su fria razon, no seria mas que una estatua organizada: no habria ningun movimiento en el órden moral; se destruirian los grandes talentos, y la virtud cesaria de ser sublime.

La razon nada obra sobre la tierra; son las pasiones que la hacen mover y que la revuelven, equiparándose á los terribles males en que los bajeles navegan sin cesar pero en medio de las tormentas y huracanes. La razon es el océano pacífico en que el navegador detenido por una calma eterna, participa la inercia del cielo y de las aguas: no vive sino en el aniquilamiento y creo que no ecsiste sino por desear la muerte.

De otra parte si las pasiones fuesen las únicas facultades del alma, desde luego serian fatales al género humano, pues despedazado siempre el corazon por convulsiones internas, jamas gozaria de serenidad, consumiéndose á fuerza de obrar y reobrar. No, la naturaleza no ha creado nuestra alma para agotarse en vanos combates: así es que cuando el desórden llega á su colmo, aparece la razon, y restablece el equilibrio entre nuestras facultades.

Hay pasiones que parecen peculiares al alma, y otras á los sentidos. Cuando se arroja un golpe de vista filosófica sobre este tronco inmenso y sus diversas ramas, se apercibe que no hay sino dos pasiones primitivas, el amor y la ambicion; siendo el uno el resorte del mundo físico, y la otra el del mundo moral: las demas no son sino rue-

das que ceden al impulso de ese doble móvil.

Las pasiones se matizan y modifican segun los tiempos, los lugares y los caractéres. No tenian los romanos las pasiones de los italianos del siglo de Maquiavelo. Un arabe no se apasiona del mismo modo que un samoyedo. ¿Quien sabe tambien si se han agotado todas las combinaciones? Los movimientos del alma quizas serán como los caractéres de la imprenta. Aun hay mil pasiones por nacer, como hay mil libros por formar.

Se ve algunas veces en la sociedad hombres pasivos, sin actividad sus músculos y su alma sin resorte. La razon puede mucho sobre estos autómatas. Hay tambien otras personas dotadas de la mayor sensibilidad, que con órganos vigorosos se halla su alma á pique de incendiarse. Tales seres sacuden fácilmente el yugo de la razon, pero tienen doble mérito cuando llegan á ser filósofos.

Jamas ha habido un tiempo favorable á la actividad de las pasiones, como el de las guerras civiles, porque hay entónces una fermentacion universal en los espíritus. El estado bambolea pero las almas se fortifican: parece que los órganos se engrandecen, y que la naturaleza dobla las fuerzas de cada individuo: es entónces que los estados y los particulares toman un carácter, que Cesar y Cromwel asombran la Europa, y que los reyes no son mas que hombres.

El sueño de los imperios es el triunfo de la desigualdad, pero una revolucion repone á los hombres en su lugar. Sin embargo es triste para la hu-

manidad que sea preciso que los reyes bamboleen sobre sus tronos, y que los estados se revuelvan para que el hombre político llegue á ser el hombre de la naturaleza.

Pope dijo que las pasiones eran las modificaciones del amor propio. Esta definicion luminosa dice en tres palabras lo que Locke ha probado peniblemente en veinte páginas: he aquí la ventaja que tiene el hombre de genio que pinta, sobre el hombre de genio que diserta.

El hombre se ama, y por consecuencia se interesa en procurar su bien, y en huir de todo lo que pueda dañarle. Siendo pues el placer y la pena los dos ejes sobre que ruedan sus afectos, no habria en la tierra amistad ni venganza, magnanimidad ni vano orgullo, si fuésemos insensibles.

La alegría es el primer grado de placer que acompaña la ecsistencia: si la sensacion es mas viva produce el regocijo, y si el principio sensible reune todas las facultades del alma y concentra su actividad en el mismo punto, entónces agota el hombre por todos sus sentidos la copa del deleite.

Cuanto mas grande es la dicha que se gusta, tal es la inquietud de perderse: he aquí el orígen del temor, pero no se teme sino porque se ama. El mismo miedo toma tan diversos grados, que el ojo del filósofo tiene trabajo en seguirlo en sus diferentes transformaciones. Catilina en su prision teme el suplicio á que no puede escapar; el italiano supersticioso teme la caida imposible de las

estrellas sobre su cabeza: un guerrero intrépido tiembla á la presencia de un espectro; y una doncella sincera teme tambien la vista del lecho nupcial que debe ser el sepulcro de su virginidad, aunque no sea de su virtud.

El temor no se halla sin la esperanza; porque estas dos pasiones derivan igualmente de la probabilidad del bien y del mal. Denis y Cromwel temian á cada instante perder su corona, y esperaban conservarla. Un navegante en el naufragio de su buque tiembla á la vista de la muerte, y sin embargo nada para evitarla. No hay sino un afecto dominante que pueda olvidar el temor y la esperanza en una alma sensible. Ved á Régulo regresar á su patria sin temor á los tormentos que se le preparan, y sin esperar sustraerse de ellos; su alma sublime no conoce de todos los afectos humanos sino el amor de la patria.

La tristeza sucede al miedo, cuando siente el alma que se rasga el velo de la esperanza, y que el orizonte que se presenta no descubre á su vista sino la imágen del dolor. Y si valiéndose el hombre del microscopio de la imaginacion, ve en lo futuro una cadena infinita de desgracias, de que aun no ha ligado sino el primer anillo, degenera entónces su tristeza en desesperacion, y maldice su ecsistencia irritándose contra la divinidad; y muere como Ajax blasfemándola.

El hombre recorre con ansia todos los objetos que pueden hacerlo feliz: él es curioso porque quiere variar sus sensaciones agradables, y cuando

un nuevo placer ha satisfecho su curiosidad, conoce que en él ha nacido un sentimiento de admiracion. El que es estúpido, admira mucho mas que el de talento, porque la admiracion es la socia comun de la ignorancia; pero su alma pusilánime llega á este término, miéntras que el genio lo franquea para arribar al entusiasmo, que defino *ser la admiracion de las almas fuertes.*

Miéntras que un hombre vulgar admira una obra, la hace leyéndola una imaginacion ardiente. Transportad á Racine y á Cotin á la primera representacion de *Cina*, y este dirá: Corneille es un gran hombre, cuando el primero adelantará escribiendo, *Británicus.*

Es quizás perdonable al autor de *Británicus* haber hecho subrogar el orgullo al entusiasmo. ¿No es por ventura una obra maestra la manifestacion del carácter de Neron? ¿No es la obra del genio el contraste de Burrhus y de Narciso? ¿Despues de Virgilio hubo algun poeta mas perfecto que Racine?

El orgullo no deberia ser tolerado sino en los hombres de genio: seria una especie de recompensa que la naturaleza les acordara para consolarlos del odio de los pequeños talentos, pero esta pasion es comun á todos; siendo la primera que fermenta en el corazon, y la última de que se despoja. Una muger se cree con los talentos que le atribuyen sus adoradores: Pradon pensaba que era un genio, y Calígula se persuadia ser un Dios.

Hay gran diferencia entre la vanidad de los pe-

queños entendimientos, y la altivez de los hombres grandes. El ministro Louvois que no era sino vano, degradaba á Luis XIV; pero Colbert que era altivo resucitaba en Paris la antigua Cartago, recordaba el siglo de Augusto, y sustituia á Sully.

El amor de sí conduce tambien las almas débiles á envidiar en los otros los bienes que no participan. Cuando la envidia se egerce sobre los talentos, arrastra con ella su suplicio. En efecto, esta pasion no es entónces, sino un voto forzado del mérito que se carece. La envidia es quizas el mayor azote del mundo moral, pues hace á la vez la desgracia de los grandes hombres y la de sus persecutores: es el tigre que despedaza los ciervos y devora á sus hijos.

El hombre de genio castiga la envidia, riéndose desdeñosamente de los esfuerzos que ella hace para destilar su veneno; pero el menosprecio se perdona mucho ménos que el odio. Un moderno ha dicho que el placer que se gusta en vengarse era el cuarto de hora de un criminal que sale del potro. Esta definicion debia curar á los hombres del tormento de aborrecer y del furor de vengarse.

La venganza es el vicio de los espíritus vulgares: ella no se procura sino cuando se siente ofendido. ¿Y qué pueden los tiros de la envidia para herir á un hombre grande? Un coloso no se afecta de que lo aplaste un átomo.

Tratando de la manera que se engendran las pasiones, no he pretendido seguir el gérmen fecundo del amor propio hasta en las últimas de-

mostraciones, sino indicar una ruta al hombre que piensa. No hay libro mas enfadoso y ménos útil que en el que el autor lo dice todo.

Oscuros misántropos han hecho un crímen del amor; pero es el colmo de la estravagancia humana haber querido degradar un sentimiento, sin el cual no habria hombres sobre la tierra; pues la naturaleza dice á todos los seres que se propaguen.

El amor es solo un sentimiento en los temperamentos frios y en los corazones enervados; pero es una pasion en un hombre ardiente, cuyos poros junto con todas las potencias del alma se abren sin pena á las impresiones del placer.

No siempre se deja guiar el amor por el interes de los sentidos: si así fuese, nunca ofreceríamos nuestros homenajes sino á una belleza perfecta: entónces la especie humana seria incapaz de amor, porque la naturaleza no multiplicando estos prodigios solo haria felices á ciertos individuos. Es por lo comun el carácter que engendra una pasion vehemente, pues aunque se admira una hermosura regular, no hay fuego por una muger, sino cuando sus gracias nos pinzan; que ella participa de nuestro grado de sensibilidad, y que hay union en las almas. Tal reflecsion conduce á este principio: *el hombre sabe mas que gozar, él sabe amar.*

Hay en la pasion del amor dos objetos que se escapan al ojo filosófico: el deseo físico de propagarse, y la necesidad moral de vivir en sociedad.

Separados estos dos sentimientos, se destruye el amor ó la virtud.

Este principio mas demostrado, servirá despues á refutar dos paradojas tanto mas peligrosas, cuanto producidas por hombres grandes; pues bien se ve que el pueblo de todas las naciones, pone siempre la autoridad del genio en paralelo con la de la naturaleza.

La primera es, ese amor platónico que subsiste con independencia de los sentidos, y que deriva de la idea metafísica de la armonía univesal. Este comercio sublime entre las inteligencias no es hecho para seres mistos; pues siendo el hombre compuesto de dos sustancias, no debe la filosofía despedazarlo para hacerlo dichoso.

Un célebre escritor que tiene la imaginacion del discípulo de Sócrates y algunos de sus errores, ha tenido sobre el amor una idea aun mas peligrosa. Él ha dicho que en esta pasion no habia de bueno sino lo físico. Así este filósofo para no imitar á Platon, ha copiado á Diógenes. El amor es vil sin la union de las almas, pero tambien es nada sin el interes de los sentidos.

No profanemos el amor confundiéndolo con el sentimiento imperfecto que se llama galantería, y que consiste en ofrecer un culto sin consecuencia á toda suerte de hermosuras, en sustituir una jerga cortesana á las espresiones ardientes del entusiasmo, y en adorar sin amar.

Los espartiatas, romanos y samnitas no eran galantes; entónces un jóven seguia su corazon,

merecia la mano de su dama, y no amaba sino una vez; pero entre nosotros, el amor consiste en subyugar las mugeres, engañar sus deseos y en deshonrarlas.

Parece que la naturaleza ha dividido en dos el intervalo de la vida, colocando en el uno el amor con todos los afectos que tienen por objeto los sentidos, y en otro poniendo la ambicion con todo su cortejo de pasiones intelectuales.

Es en la juventud, que los sentidos siempre en efervescencia mantienen el delirio del amor. En el instante que el gérmen de esta pasion empieza á manifestarse, es cuando los órganos han adquirido su último grado de perfeccion. Si una educacion sibarita no ha abrasado la imaginacion de un jóven ántes de tiempo, ó enervado su alma ántes que estuviese en el punto de gozar, él no puede estar instruido de las necesidades de la naturaleza, sino por ella misma. Y si en el momento de fermentacion se presenta á sus miradas la belleza que debe amar, sus tímidas palpitaciones anuncian el ardor de sus deseos: el sentimiento absorve las diversas potencias de su alma, y todo su ser queda subyugado.

La educacion que en Europa se da al secso previene el incendio de los sentidos, pero impele al espíritu someterse á las ideas pusilánimes. Se aparta con cuidado de la imaginacion de una niña todos los cuadros que podrian instruirle de lo físico del amor; pero se hace fermentar en ella ese principio inato de vanidad, que pervierte to-

das las pasiones enérgicas, ó que impide su nacimiento. Lo que ve, lee y oye, le persuade que es superior al hombre, y se hace un arte de coquetería para eternizar la ilusion de sus adoradores, no procurando amar sino seducir: y cuando sus encantos empiezan á marchitarse, termina su insípida carrera sin haber conocido la naturaleza, quedando sola en medio del torbellino de la sociedad, privada de amigos y de amantes.

Nos asombramos de ver que las mugeres ámen sin ser sensibles, y que sean voluptuosas sin estar apasionadas: pero no tomemos de ello sino la educacion nacional, que invierte el órden de sus facultades, sometiendo la voluntad á su imaginacion, y enervando su alma por conservar sus sentidos.

Me parece que el único medio de purificar èl amor es hacer de él una pasion: este fuego puede llegar entónces á ser el alimento de las mas sublimes almas. Un señor perfumado en el regazo de Ninon, debe ser muy pequeño, pero un jóven nacido con un corazon sensible y órganos vigorosos, que no sabe hacer el cortejo sino que ama con violencia y que se vuelve virtuoso con su dama para merecerla, es á mi ver la obra maestra de la naturaleza.

La ambicion es como el amor la pasion del ser; bien que la unidad que hay entre sus principios, no se halla entre sus fines. El amor aspira á gozos físicos, y la ambicion se propone placeres intelectuales, siendo por lo comun una felicidad de preocupacion. El amor se amortigua con la

posesion, pero la ambicion hace servir de alimento á la codicia. Sus deseos satisfechos se irritan viendo mas allá del placer que gusta y esto le impide gozarle.

Ella se aloja en el corazon de todos los hombres; ya en el cenobita que quiere colocar sobre su capilla una cruz de madera, como en el guerrero que pretende adornarse con todos los cordones y cruces de la Europa. Ella anima al caribe que no procura sino una hamaca, lo mismo que á Alejandro que quiso multiplicar los mundos por tener la gloria de conquistarlos.

La ambicion por sí misma no es como el amor tampoco mala, pues la naturaleza nos dice que engrandezcamos nuestra alma, así como multiplicarnos. Solo en un corazon ya criminal, es que se deprava este afecto á semejanza de que en Italia el agua mas pura se corrompe, luego que pasa por el terreno bituminoso del sulfate.

Este principio del mundo moral se modifica de mil modos, y se amalgama con todos los caractéres; vamos á seguirlo por lo ménos en sus principales manifestaciones.

Los hombres de letras, y el pueblo que no sabe sino repetir sus oráculos, dan el título esclusivo de ambicion á ese furor de acumular en su cabeza bienes apreciados por el capricho, y consagrados por la preocupacion. En este concepto el ambicioso es un ser pequeño, desgraciado y soberbio, que atormenta su ecsistencia con penibles vagatelas.

Lo que se llama un conquistador es aun mas despreciable: pues es un niño perverso que ensangrienta su mamador.

El deseo de vivir despues de la muerte haciendo bien á los hombres, es la ambicion mas noble que puede prometerse una inteligencia sublime. Tal era el fin de los dos Antoninos sobre el trono de los Césares, y tal fué el Tito de la Lorena, que el desgraciado ha conocido y que tanto lo sintió.

La ambicion de gloria literaria merece marchar despues del amor de la beneficencia. Ella consiste en engrandecer su alma, como la pasion de los conquistadores en estender los límites de un imperio. Un hombre tal como Leibnitz arde por apropiarse la inteligencia de muchos sabios, así como Gengiskan los estados de diversos monarcas.

Se ha dicho que el amor á las letras no era una pasion digna de nosotros. El mismo hombre de genio que adelantó esta paradoja, la refutó escribiéndola; así como Zenon refutó otra vez á un filósofo que negaba el movimiento, caminando delante de él.

No justificaré tampoco esa especie de ambicion que consiste en la pretension de llevar la primacía en el mundo para ser el ídolo de lo que se llama la sociedad. Aunque en este torbellino se ha estendido un poco esta vanidad, bien se apercibe que basta tener talentos escasos, un gran fondo de presuncion, y un gusto desordenado de los

placeres. Todos estos lindos autómatos que los hombres observan y que las mugeres los evitan, nunca han tenido una alma; pues aunque brillan en la buena compañía, serán opacos en el gabinete de Locke ó en la corte de Marco Aurelio.

El amor de las riquezas no es esencialmente una pasion criminal, pues que el oro y la plata son el instrumento de nuestras necesidades, pudiendo desearse tan legítimamente como los bienes que se adquieren con el socorro de estos metales. Tal suerte de ambicion no llega á ser un crímen sino en los hombres que no saben ceñirla, como el avaro que se atormenta cruelmente para que sea infeliz todo lo que le rodea, y á quien la naturaleza no ha dado riquezas, sino para que el sabio se disguste de ellas.

Se puede observar, que á escepcion de la avaricia, todas las clases de la ambicion pueden referirse á un amor innato de la grandeza, siendo tan necesario al alma estenderse como ecsistir. Es por esto que el hombre difiere del ser supremo y de los últimos elementos de la materia, pues el átomo parece que no puede adquirir por ser nada, y Dios porque todo lo tiene.

Es feliz para la especie humana, que la mayor parte de nuestras pasiones no tengan sino un grado moderado de actividad. Si el equilibrio del alma se rompiese á cada momento, la mitad de los individuos perecerian ántes de tiempo, y los otros se volverian locos.

Las pasiones dulces esparcen una dichosa sere-

nidad sobre el orizonte de la vida, haciendo mover al hombre sin fatigarlo, iluminándolo sin abrasarlo, y distándolo de los grandes placeres que le vuelven insípida la mitad de la vida igualmente de los grandes dolores que destruyen la máquina.

La esperanza es la primera de las pasiones suaves, pues nacida con nosotros no se acaba sino con el último aliento: es la que nos hace amados los momentos fugitivos de nuestra ecsistencia. El hombre siendo formado para otro gozo debe esperar ser feliz.

Quisiera hablar ahora de ese pudor que la naturaleza armó al secso mas débil para salvarlo de las empresas del mas fuerte. ¡Dichoso sentimiento que acompaña ó caracteriza la inocencia, y sin el cual no hay placer ni aun para los corazones corrompidos! Quisiera.... pero temo que no se me entienda.

El propio motivo me impide recargarme sobre la gratitud, sentimiento tan natural en las almas sensibles, y de que los hombres no hacen una virtud, sino cuando han empezado á desconocerla.

La conmiseracion es de todas las pasiones suaves la que tiene mas poder sobre el hombre, cuando la supersticion no lo ha hecho pequeño y bárbaro. En todos tiempos y climas el aspecto de una persona que sufre nos conmueve sin querer, y nuestra alma se unisona con el dolor. La lástima es el grito de la naturaleza, que clama por la conservacion de los seres en todo lo que los rodea.

Las pasiones no cesan de ser dulces porque se abuse de ellas. Se ha forzado poner en la misma clase, así la noble altivez que hace emprender grandes cosas, como la vanidad que las degrada cuando están hechas; é igualmente ese entusiasmo que conmueve al genio cuando celebra á un grande hombre, como esta baja adulacion que caracteriza los esclavos arrodillados á otros esclavos.

En general las pasiones mas furiosas han sido moderadas en su rigor, porque el alma sigue los grados en ellas á imitacion de la naturaleza sin obrar por saltos. Un italiano ama pasiblemente ántes de estar celoso, de encolerizarse contra su dama y ántes de apuñalearla. El odio de Astréo contra Thieste empezó por la indiferencia, y terminó por un crímen mayor que el parricidio.

Hay hombres cuya alma tranquila en su elemento nunca ha sufrido el combate de las pasiones. Estos seres débilmente organizados, esperimentan poco los bienes y los males que afectan la ecsistencia, y nunca sienten brillar en su entendimiento la antorcha del genio: llegan á una estrema vejez y mueren sin haber vivido.

Las pasiones violentas caracterizan una alma fuerte, y cuando se encuentran con una razon recta y hermosa, resulta de aquí un grande hombre; siendo estos tan raros como los cometas que arrastran en su órbita los cuerpos celestes, sujetando á nuevas leyes el sistema del universo. La naturaleza se ejercita en organizarlo muchos siglos, y cuando él aparece, ella reposa como si

formándolo se hubiese agotado su potencia criadora.

Por lo comun las pasiones impetuosas están unidas á una razon lenta y enervada: entónces la sociedad esperimenta convulsiones que le despedazan, los cuerpos políticos se revuelven, y la celebridad viene á ser la socia de los grandes malvados.

Se puede contar entre las pasiones violentas esta sed de sangre humana que caracteriza los conquistadores: estos remordimientos que bastarían para vengar la virtud aun cuando el alma fuese mortal; y sobre todo esos odios atroces de que los poetas colocan el teatro en los siglos heroicos para el consuelo de los siglos bárbaros.

No hay pasion que tienda mas á la violencia como el amor, porque subyuga con mas fuerza lo físico y lo moral de nuestro ser, incendiando á la vez la imaginacion y los sentidos para unir la ebriedad del amor propio á la de los placeres.

Uno de los fenómenos mas singulares que se descubre en el corazon humano, es que el sentimiento de la miseria es mas propio á producir las pasiones vehementes, que el sentimiento de nuestras fuerzas. Un hombre que conoce todos los recursos de su alma, seguro de emplearlos á su voluntad, no hace ningun esfuerzo y queda en un estado de inercia; pero el que tiene conocimiento de sus imperfecciones, esperimenta una inquietud activa que le fuerza á balanzarse, y á someter la naturaleza: el primero es débil por su mis-

mo vigor, y el segundo es fuerte por su impotencia.

Se cree ordinariamente que las pasiones impetuosas no pueden aliarse con la razon, pero es un error de los que nunca han estudiado la naturaleza. Un hombre dotado de la mayor sensibilidad, es mas á menudo el dueño de sí, que aquel cuyo temperamento es tan frio como la razon. El hombre grande combate sin cesar y triunfa algunas veces: y el vulgar es vencido sin combatir.

Es cierto que las pasiones violentas alteran á la larga la organizacion de la máquina; pero un instante de ecsistencia en el hombre de genio, es mas útil á la tierra que la vida pasiva de un millon de hombres. Por último, la especie humana se conserva por el mismo principio que destruye los individuos.

He dicho que el hombre era un enigma inesplicable para el comun de los observadores: el filósofo no halla sino un hilo para conducirle en este oscuro laberinto: vedle aquí.

El hombre recibiendo la vida nace con una pasion que algun dia debe dominar su alma, y arrastrar todas las otras en la esfera de su actividad: todo concurre á manifestarse este gérmen. La habitud lo nutre, los talentos lo fortifican, la razon misma lo demuestra. Cuando la pasion se halla en el último término de madurez, fuerza todas las pasiones del alma á moverse siguiendo una regular direccion: las contradicciones desa-

parecen, y es reconocido el corazon humano.

La pasion dominante es incompatible con el artificio, y es solo en este punto que la inconstancia aparece fija, que el cortesano es natural, y que las mugeres son sinceras. El filósofo que acierta á descubrir los corazones que ecsamina, se instruye mas por este rasgo de luz, que por todos los pensamientos de Pascual y mácsimas de Rochefoucault.

En fin, el filósofo se engaña algunas veces en la averiguacion del afecto dominante, tomando por resorte principal una rueda que la está subordinada. Se cree ordinariamente que Mahoma era un fanático, y no era sino un ambicioso: este legislador tenia demasiado genio para imaginarse, que sus convulsiones anunciaban sus pláticas con el ángel, que la luna se ocultaba en su manga, y que él subia al cielo sobre un jumento; pero sabia que el árabe era supersticioso y crédulo, y lo asombraba para sojuzgarlo. Conducid á Mahoma á la antigua Roma: él sujetará al senado sin hacer hablar á las Sibilas, y será César mas bien que profeta.

En vano un político astuto procura disfrazar la vehemente afeccion que lo tiraniza; los mismos esfuerzos que haga para encubrirse lo manifiestan, y no viene á ser sino mas esclavo de su inclinacion por haber tentado resistirla.

Sisto V. nació con el alma de los déspotas. Miéntras fué novicio, apareció el mas humilde de los frailes, pero apenas le dieron crédito sus ta-

lentos cuando acometió á un guardian que se atrevió á resistirle. Luego que fué cardenal, dió á su espíritu toda la flecsibilidad que conviene á un esclavo; y cuando fué electo papa reasumió su primitiva altivez, subyugó al Sacro colegio, é hizo temblar á los reyes.

Cuando la pasion dominante es criminal, se amalgama con todos los afectos que hospeda el corazon: cuando es virtuosa, comunica su tez á todas las cualidades que la hermosean, pero conservando siempre la superioridad: es un sol que eclipsa todos los fuegos de su torbellino.

Dichoso el filósofo cuya pasion dominante es el amor de la armonía universal, que ama á los hombres porque conoce el precio de ellos, y cuyas vistas se encuentran todas cou las de la naturaleza.

CAPÍTULO XII.

De la educacion general.

Nada parece mas necesario é importante en una república representativa por eleccion popular, como la comun instruccion de ciertos principios que deben sostenerla, y un ejercicio estenso de las virtudes morales. La ignorancia, la falsa doctrina y la inmoralidad inducen á la esclavitud y á la desgracia de los pueblos. Es efímero

sin luces el sistema republicano que hemos adoptado. Sin virtudes es forzoso que la nacion recaiga á la monarquía, del mismo modo que vuelven á su centro los materiales del edificio fundado en bases flojas. Para precaverse pues una fatalidad tan grande, no hay otro remedio que reparar con tiempo ese vacío enorme que por todas partes se manifiesta en el mismo orígen de nuestras instituciones.

Si en las monarquías se obra con el designio de deprabar á los hombres para castigarlos cruelmente, ó de entorpecerlos para conservarlos en el vasallage, ¿por qué pues en razon inversa no se ha de restablecer ahora la sana moral, y aprenderse la ciencia del régimen público, siendo este el único medio para ser libres, y para que la nacion prospere? ¿No es entónces por el propio motivo que debe protegerse el genio, y alentarse á los grandes pensamientos, así como ántes se les buscaba su desgracia, humillacion ó muerte para estinguir la ilustracion, segun es evidente por públicas relaciones y por los sucesos espantosos de nuestros dias? ¡Oh pueblos! conoced y sentid vuestra fatalidad, derivada solo de los errores. ¡Que diferencia tan enorme hay entre un vasallo y un ciudadano! entre un ignorante y un despreocupado! En las monarquías todo es vasallage y miseria; pero en las repúblicas representativas, todo conduce á la sabiduría y al goce de los verdaderos placeres. Desengañémonos, sin una educacion generalmente ilustrada, no podemos

ser libres ni dichosos: pues faltando este principalísimo cimiento, es imposible que se afiance y vivifique la república que hemos adoptado; siendo la mejor conocida hasta ahora y sobre que los sábios han trabajado desde muchos siglos.

No se crea por este preámbulo que yo sea capaz de estender un plan perfecto de educacion; pero sí puede persuadirse que serán las ideas emitidas muy análogas á obgetos de tan inmensurable provecho, refluyendo en el civil esplendor sobre el beneficio infalible de la humanidad; pues producirá comunmente las virtudes físicas y morales, junto con la aptitud para los empleos, y la sabiduría en entendimientos sublimes que dirijan y perfeccionen las ciencias y las artes.

Es ya un acsioma que el hombre para ser virtuoso moralmente, es preciso que ántes lo sea físicamente; es decir, que observe todos los conocimientos relativos á mantener su energía orgánica. Pasará quizas por paradoja este concepto, pero no es á la verdad sino una demostracion. Es imposible que el hombre tenga una moralidad completa cuando se hallen obstruidos sus órganos, ó sus fluidos estén infestados con los escesos ó con los malos alimentos. La salud que se afianza en la buena calidad de los humores y su libre circulacion, es la base principal ó la influencia para la virtud moral siempre que se reciba una educacion sin errores: siendo entónces útil al gobierno y á la sociedad.

Bajo estos principios, siendo lo primero que

debe enseñarse á los niños para su instruccion la lectura, escritura y aritmética, es indispensable que durante la enseñanza de estos rudimentos, debe el maestro cuidar de su pudor para precaver el deleite inmaturo.

Vigilar sus pasos para que no se desgracien, advirtiéndoles con frecuencia de los peligros á que pueden conducirlos su imprudencia ó viveza, cuando se les dé un rato de recreo en cada hora.

No se pasará mucho tiempo sin que tomen alimento de conocida sanidad.

Se procurará su aseo y compostura en su cuerpo y vestido: debiendo ser este desahogado, aunque se ajuste á los contornos de su contestura.

Que su sueño sea de ocho horas en la noche; precaviéndose la íntima union, y principalmente de los malhumorados.

Que la reprension ó correccion de sus faltas se haga con dulzura y grave aspecto.

Últimamente hará el maestro una plática diaria sobre las relaciones honestas que se deben tener con los que nos rodean, sobre la obediencia á sus padres, la consideracion á los mayores y el respeto á las autoridades.

Como las primeras impresiones son tan fuertes que casi llegan á ser imborrables á pesar de la esperiencia de ser erróneas; parece de toda necesidad que el maestro de los rudimentos se halle dotado de la suficiente instruccion despreocupada y de las virtudes, honestidad y templanza: siendo tanto mejor que sea hombre de genio, para discer-

nir en los niños su entendimiento perspicaz y profundo, con el objeto de ser destinados al estudio de las ciencias sublimes.

Estos tales maestros deberán gozar de un sueldo proporcionado á una cómoda subsistencia; y mereciendo ademas en cada período de cinco años un obsequio de tres mil pesos en las capitales ó pueblos litorales, y de cuatro mil en los interiores ó rancherías, porque sus trabajos y egercicios son incomparables requiriéndose la union del genio, de la moralidad, de la paciencia y de los talentos intelectuales. No es ecsagerar. Es evidente que en todos tiempos se ha puesto el mayor conato en la educacion pública, hasta fatigarse los sabios con el designio de lograrse. ¿No es cierto que los gobiernos justos han tenido que intervenir con su poderoso brazo para ponerla en práctica? Y por ventura se ha conseguido hasta ahora una verdadera educacion pública á escepcion de los Estados unidos del Norte-América? ¿No habrá quizas consistido en no haberse dibujado un perfecto cuadro; ó porque la educacion general se ha encargado á quien tenga interes de entorpecer el entendimiento con enseñanzas metafísicas y en un idioma estrangero difícil y que no se habla?

Luego que el niño sepa leer, escribir y contar con perfeccion, se le enseñará á registrar el diccionario y se le esplicará el sentido de las voces ó palabras que no haya comprendido, adquiriendo desde luego la ideologia.

Se le instruirá al mismo tiempo sobre la cons-

titucion general y la particular del Estado: lo que es infraccion á las leyes, y lo que son las penas señaladas á los delincuentes.

Concluida esta primera enseñanza que debe ser general en todas las poblaciones, y que calificará la inspeccion encargada, podrá hacerse la reparticion en esta forma.

Los niños que por su inclinacion ó facultades han de aplicarse á las artes, oficios, agricultura ó á cualquiera industria, quedará completa su instruccion en las escuelas. Pero si algunos de estos niños manifestaren gran entendimiento para las ciencias, se destinarán á su estudio. Se ha creido difícil conocer en ellos su capacidad intelectual por egemplos que refieren algunos escritores, pero el entendimiento se descubre desde luego cuando el niño comprende ó dicierne con facilidad cualquiera materia que lee ó se le esplica, sea su espíritu vivo lento ó luminoso. La cualidad maravillosa es, que al entendimiento profundo se reuna el luminoso, y entónces como animado de una fina y delicada organizacion resulta el genio, cuya bondad ó maldad deriva principalmente de la educacion. Observándose este régimen se veria la multiplicacion, ó el gran número de sabios y de genios, que algunos han creido fenómenos de la naturaleza.

Las primeras clases mayores deberian consistir en el estudio de la lógica y retórica, pudiendo aprenderse en los intermedios la geografía, el baile y la música.

Con tales estudios se hallarán los hombres aptos y hábiles para emplearse en cualquier cargo público ó privado que no requiera la profesion de otra ciencia.

Los niños de un fino entendimiento como se ha dicho, y los demas que hayan mostrado una capacidad suficiente para las respectivas ciencias á que se dediquen por su inclinacion ó por su conveniencia, pasarán á cursarla en la clase que elijan; siendo indispensable en este período que lean las historias de su nacion. Y como cada individuo se aplicará con gusto á la ciencia que quiera profesar, es consecuente que estará siempre discurriendo y combinando con la misma práctica sobre sus reglas, sustancia y método. De aquí resulta que todas las ciencias se irán perfeccionando, y se logrará aprenderlas con la mayor facilidad.

Pero los jóvenes que en todos sus cursos han manifestado superiores talentos deberán aprender todas las ciencias si fuere posible, hasta ser ellos los catedráticos, aunque fuese por un período de tres años. Estos hombres llegarán á ser los sabios de la nacion y aun de todo el mundo; siendo dignos y acreedores á los primeros puestos del gobierno, por ser en ellos casi congenial la economía pública y la política.

Con este método de educacion ¿como no ha de ser comun la buena conducta de los gobernantes y gobernados? ¿Como no ha de brillar el lustre de la nacion que pone en práctica ese régimen? ¿Y como no ha de ser respetable y dicho-

sa una sociedad cimentada en tales principios? ¡Padres de familia! Gobierno protector! precisaos á educar bajo este método á vuestros hijos y á vuestros pupilos. ¡Cuerpos municipales! ayudad con vuestros esfuerzos y vigilancia á tan saludable instruccion. Así se conseguirá el gran objeto de que los ciudadanos y todos los individuos de cualquiera clase, adornados de las virtudes sociales facilitarán y acreditarán su propio gobierno: y por recompensa no volverá á desaparecer la luz para que reincidamos en el tenebroso laberinto de planes combinados contra nuestras justas y legítimas libertades.

Mucho han discurrido los escritores en esta materia sobre la utilidad de la enseñanza en las escuelas públicas y colegios ó en casa privada ó paterna. Pero se ha convencido darse la preferencia á las primeras, así para los rudimentos como para el estudio de las ciencias.

Bajo este concepto no estará demas, ó quizas es muy útil, que en los colegios se observe el método siguiente.

Los estudiantes despertarán á las cuatro de la mañana, seguirán el aseo, el vestido y un corto desayuno sustancioso. Tomarán despues su libro para leer con mucho discernimiento y meditacion la materia que ha de esplicarse, dándole tantos repasos cuantos se consideren bastantes para poder ellos mismos verterla sin el socorro del libro, y recordando siempre las lecciones anteriores. Este es el verdadero egercicio de la memoria y del entendimiento.

Concluida su asistencia á las aulas se alimentarán, y á poco rato deberán tomar su leccion de geografía baile ó música por una vez diaria; y acto continuo cada uno se pondrá á estudiar.

Terminada la clase de la tarde, seguirá un rato de recreacion ó paseo hasta las siete en que se reunirán en la sala de enseñanza, para que el maestro les haga una plática relativa á sus virtudes físicas ó morales, y esplicándoles por último algun artículo ó capítulo de la Constitucion del Estado. Esta seccion durará hasta las ocho, en que cada estudiante tomará su alimento y se irá á dormir hasta las cuatro de la mañana.

La elocuencia de los catedráticos, y la dulzura con que debe tratar á sus discípulos, conquistarán su mas fija y respetable atencion, lográndose en ellos un deseo ferviente de estudiar y saber.

Deberá seguirse el mismo órden respecto de cualquiera otra ciencia, pudiendo entónces mezclarse por talento de adorno y de utilidad la de los idiomas estrangeros que sean mas análogos, añadiéndose el estudio de las historias del género humano para una completa ilustracion.

Así serán sustituidas habitudes justas y morales á las presentes preocupadas. Continuándose con los errores y con malos hábitos, resultará que aunque ha variado el sistema político, quedará viciada la sustancia que solo puede purificarse con hombres nuevos, y nunca se pondrán en práctica los medios que aseguren las garantías que se nos han ofrecido en la ley fundamental de la Re-

pública. En una palabra la juventud bien educada es el plantel de todos los intentos civiles.

Me parece aquí oportuno hacer las observaciones siguientes. Los respectivos profesores de las ciencias han escrito diversamente sobre ellas, y si cuanto á las esactas casi todas sus reglas son idénticas é infalibles; no ha sucedido así en las metafísicas y morales, en que cada escritor ha producido su obra segun su instruccion y su entendimiento.

Tales obras y volúmenes han llegado á ser en el dia de tanto número, que casi no hay tiempo de leerlas; y como sus métodos y doctrinas implican en no poca parte, ha influido demasiado contra los progresos del estudiante, porque cada facultativo quiere sostener la doctrina de su maestro; resultando de aquí la diversidad de opiniones tan perniciosa al régimen del gobierno como á la salud y derechos del individuo.

¿Y qué se dirá si los profesores públicos no fueron dotados de un entendimiento y genio análogo á la ciencia que egercen, ó no tuvieron la debida aplicacion para haberla comprendido completamente? Dígalo la esperiencia en todos los siglos y naciones. ¿No se ha visto que cirujanos y médicos han obrado con la mayor torpeza en su egercicio? ¿Qué muchos abogados defienden pleitos y dictan sentencias ignorando el derecho, no estudiando las leyes sino algunos comentadores ó tratadistas, y aun algunos sin saber perfectamente el idioma nativo ó careciendo de la ideologia?

¿Como entonces no han de fluctuar ó bambolear en el poder judicial el honor la vida y las propiedades? Así sucede frecuentemente sin poderlo negar, y mas cuando se carece de un código metódico de leyes claras y justas, de un reglamento infalible de proceder en los diversos juicios, y de una distincion de penas proporcionadas á los delitos: quedando así entronizados el despotismo y la arbitrariedad con lo irregular de los procesos y la barbarie de los castigos.

Y puede acaso hacerse así efectivas las garantías sociales dictadas en la constitucion? ¿Se sostendrá por ventura de este modo la república que requiere ciudadanos morales y capaces? En fin basta lo dicho para no prevenir de una vez las materias que han de tratarse en el hombre moral, y porque debe considerarse que lo indicado será suficiente á que todos nos esforcemos en ser virtuosos, y en que se practique una educacion general para ilustrarse la nacion, y con que se acreditará mas bien por la bondad de sus habitantes que por sus riquezas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



ERRATAS.

Página 14 antepenúltima línea, dice *aptitud* léase *altura*.
Página 67 línea 8 léase *y en el otro*.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS.

FIN DE LA TABLA.

